

<http://www.tufecatolica.com>

Pbro. Dr. Enrique Cases

[HISTORIA APOSTOL BARTOLOME O NATANAEL]

Vida de los Apóstoles

HISTORIA APOSTOL BARTOLOME O NATANAEL

Bartolomé o Natanael

¿Por qué se cita a este apóstol con dos nombres tan distintos como Natanael y Bartolomé? Es posible que sea cuestión de poca importancia, ya que era frecuente entonces, y aún lo es hoy, tener dos nombres, pero es posible que revele algo de la personalidad de este apóstol su dualidad onomástica.

Algún autor antiguo llega a decir que se trata de dos personas distintas, e incluso afirma que Natanael no siguió como discípulo de Jesús y por eso le sustituye Bartolomé. Pero la mayoría ve una persona con dos nombres distintos, o mejor aún con un nombre propio que sería Natanael y el marcado por su filiación: hijo de Tolmai. Esta última forma es muy frecuente en Israel como se ve en Bartimeo, Barsabás, Barjonas y otros. Según el uso nuestro de identificar a la persona con nombre y apellido, diríamos que se llamaba Natanael Bartolomé.

La disquisición parece banal, pero puede no serlo, pues nos indica un aspecto de la personalidad del sexto apóstol: era israelita por los cuatro costados, no como su amigo Felipe, o como Andrés, que tienen nombres griegos. Con el nombre de Natanael recuerda al gran profeta Natán tan cercano a David, también profeta además de ungido y rey. Si se sentía tan orgulloso de sus raíces en el pueblo de Dios, es natural pensar que también viviera a fondo su fe con la mayor coherencia posible, de un modo muy estricto. La conversación posterior con Jesús así lo indica. Luego algo nos revelan los nombres de este elegido de Dios.

Los datos de la tradición sobre su vida posterior a la que vivió con Jesús hasta la muerte son algo inciertos -como los de la mayoría-. Esto es lógico ya que vivieron en lugares donde la fe aún estaba en los comienzos; más aún si sabemos que acabaron la vida de modo violento. Bartolomé parece que evangelizó Arabia y sobre todo Armenia, quizá hizo un avance hacia Persia, e incluso se nombra la India, aunque parece menos probable. Se acepta su muerte violenta con un acento particularmente cruel, pues se le arrancó la piel todavía vivo. Parece ser que en Persia estaba en uso esta pena de muerte de desollar a los condenados. Afamados artistas así lo representan. Otras tradiciones hablan, sin embargo, de una muerte natural. Poco más importa decir, pues mártir quiere decir testigo y, tanto si murió violentamente por la fe, como si no, fue testigo fiel de ese Jesús que encontró un día gracias al entusiasmo de su amigo Felipe.

Caná y Nazaret

Natanael era de Caná de Galile. Este hecho también puede parecer de poca importancia, pero no es así, no sólo porque en Caná realice Jesús su primer milagro de convertir el agua en vino santificando el matrimonio, sino porque Caná estaba muy cerca de Nazaret. En dirección al lago de Genesaret se pasaba por Caná con poco tiempo de camino. Eran poblaciones vecinas, poco pobladas y poco importantes, tanto por su situación geográfica -no las cruzaban las mayores vías de comunicación-, como por los hechos históricos sucedidos en ellas -nada destacable había pasado allí-; eran lugares para vivir gente sencilla, y nada más.

Lo cierto es que cuando Felipe anuncia a Jesús con entusiasmo dice que es natural de Nazaret: "Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley, y los profetas: Jesús de Nazaret, el hijo de José". La reacción de Natanael es similar a la de los convecinos de Jesús en Nazaret pero con la variante de la rivalidad de los pueblos, pues dice: "¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?"; es como si fuese difícil creer en un vecino desconocido, o conocido muy superficialmente, como el Mesías anunciado por la Torá (ley) y los Nebiim (profetas). Una vez más parece que se va a repetir aquello de que nadie es profeta en su tierra y entre los suyos, al no dar crédito a lo extraordinario por la afinidad familiar, aunque se den pruebas más que suficientes.

Otra cuestión se añade a la primera resistencia del futuro apóstol, pues es muy frecuente que entre las poblaciones vecinas se dé una cierta enemistad, más que rivalidad. ¿Fue este el motivo de la expresión medio incrédula, medio burlona de Bartolomé? No lo sabemos, pero es probable que algo influyese en su ánimo esta cuestión.

Pero la respuesta puede tener más calado y mayor calibre; la podemos enunciar así: "¿Pero, no conoces tú, mi buen y entusiasta amigo Felipe, que el Mesías debe nacer en Belén como profetizó Miqueas?, ¿te has dejado engañar por los deseos viendo lo que quieres ver? ¿No te das cuenta de que tenemos que ser más reflexivos, nosotros que tenemos un conocimiento de la Escritura mayor que la de los hombres buenos, pero rudos? Además, ¿no eran unos pescadores de Betsaida los que te han dicho eso? ¿Acaso no te acuerdas de algunos que han dicho entre ellos mismos que eran el mesías y todo ha acabado en rebeliones, sangre y nada más?. Amigo Felipe, no nos dejemos engañar por el primer entusiasta que nos diga algo, que es cuestión seria". Felipe escucha las razones de su sesudo amigo y se queda sin palabras, "es lógico todo lo que dice Natanael, pero él no lo ha visto, ni tiene la impresión que yo tengo en el corazón; tiene que verlo, pues es un hombre recto". Lo cierto es que respondió: "Ven y verás". Es difícil encontrar una razón más atinada para el apostolado: colócate delante de Jesús y decide si crees o no.

Un verdadero israelita

Natanael accede a la invitación de Felipe y se dirige hacia ese hombre de Nazaret que presuntamente es el Mesías. Muchos pensamientos se entrecruzan en su cabeza cuando va a su encuentro. Uno parece claro: debía tener el ánimo dispuesto y vigilante, no quiere ser engañado por un embaucador, pero, ¿y si realmente era el enviado del Señor, pues desde luego era el tiempo profetizado por Daniel? Podemos imaginarlo algo envarado y con toda la atención dispuesta ante el encuentro tan vivamente recomendado por Felipe.

Cuando se colocó delante de Jesús, le miró con detenimiento. Sí, realmente le había visto, tiene un aspecto serio y responsable, pero... era un hombre normal. Nada del aspecto de Jesús llevaba a suponer en él algo extraordinario, aunque esa mirada era tan penetrante, que parecía que me conoce; es posible, pues somos vecinos, pero hablemos, que es el mejor modo de entendernos, piensa Natanael.

La conversación revela mucho la personalidad de Natanael Bartolomé. Tiene algo de sorprendente por lo rápido que Jesús entra el materia. Tras este diálogo, aquel hombre nada bien dispuesto vio a Jesús como el Mesías y creyó en él. Pero detengámonos en el comienzo.

"Vio Jesús a Natanael que venía y dijo: he aquí un verdadero israelita en quien no hay doblez". Las palabras son directas y pondrían un poco en guardia a Natanael, ¿cómo no pensar que eran un halago para captar su buena voluntad? Después comprobará que no es así, sino que realmente le conoce, pero de entrada la desconfianza es comprensible. Fijemos un momento la atención en saber qué es un "verdadero israelita" y así conoceremos a este discípulo nada crédulo, y nada fácil.

Un verdadero israelita significa un hombre justo que conoce la Ley y los profetas y cumple en conciencia los mandatos de Dios. Conviene tener en cuenta que en aquellos momentos existían en Israel diversos grupos según el modo de vivir la Ley.

Estaban los saduceos, cuya interpretación de la Ley era laxa en la moral y con muchas incorrecciones en la doctrina, como no creer en los ángeles, en la resurrección y quizá en la inmortalidad del alma. No parece que Natanael se contase entre los de este grupo, pues no sería el verdadero israelita alabado por Jesús. También estaban los esenios, que eran una secta muy pequeña y rigorista, quizá una derivación de los pitagóricos con elementos de la religión judía. Se separaban de los demás y los criticaban duramente; esperaban un pronto final del mundo.

Tampoco parece que Natanael perteneciese a este grupo. Estaban, por fin, los fariseos que se declaraban los más fieles cumplidores de la Ley. No eran sacerdotes ni levitas, pero eran como maestros para el pueblo. Jesús dirá al pueblo que hagan lo que dicen, luego no era mala su interpretación; pero más tarde denunciará su hipocresía y orgullo. Quizá Natanael estaba muy influido por los fariseos, pero me parece que no estaba adscrito a ningún grupo, sino que era un hombre independiente que seguía su conciencia y la Ley de un modo docto y honrado. De hecho, en la Escritura se habla de los "pobres de Yavé" como aquellos que esperan con sinceridad de corazón la venida del Mesías. Entre éstos podemos contar en primer lugar a la Virgen Santa, a Juan el Bautista, Simeón, Ana de Fanuel y muchas personas sinceras y nobles como siempre han existido en el mundo y que no necesitan estar adscritos a ningún movimiento para tener el alma puesta en Dios. Como dice el Catecismo de la Iglesia Católica forman "el Pueblo de los "pobres", los humildes y los mansos, totalmente entregados a los designios misteriosos de Dios, los que esperan la justicia, no de los hombres, sino del Mesías, todo es, finalmente, la gran obra de la Misión escondida del Espíritu Santo durante el tiempo de las promesas para preparar la venida de Cristo. Esta es la calidad de corazón del Pueblo, purificado e iluminado por el Espíritu que se expresa en los salmos. En estos pobres, Él prepara para el Señor "un pueblo bien dispuesto". Pienso que Natanael Bartolomé era uno de ellos.

Hombre sin doblez

El saludo de Jesús a Natanael llamándole "verdadero israelita" va seguido de una apreciación de su carácter que conviene considerar con detenimiento, pues Jesús le valora muy positivamente. Le dice que en él "no hay doblez", es un hombre cabal; pero insistiendo en una virtud concreta: la sencillez, la sinceridad, la nobleza. Podía haber hecho referencia a la fortaleza, a la valentía, a

la generosidad o a cualquier otra virtud, que muy posiblemente también poseía aquel hombre de una pieza, pero Jesús insiste en señalarle como un hombre sin doblez. ¿Por qué lo hizo así?

Cristo habla a un hombre conocedor de la Ley y los Profetas y que, por tanto, hace suyas muchos modos de decir de la Escritura, además de las verdades que expresan, pues es pródiga en hablar del corazón como lo íntimo. Veamos algunas expresiones que hacen referencia al corazón y la doblez: "No tendrán acceso a Dios los dobles de corazón" dice el Eclesiastés, añadiendo algo más adelante que los anteriormente señalados "caminan por dobles caminos", tienen una lengua con doblez, viperina diríamos nosotros. A los de ánimo doble les conmina Santiago que "purifiquen su corazón" según lo que indica la Escritura con fuerte expresión: "odio a los dobles de corazón", es más, "Dios abomina al hombre doloso".

La palabra doblez es la traducción castellana habitual, pero la neovulgata dice más bien dolus, que tiene versión directa en dolo, es decir, engaño. El salmo 31 dice: "Bienaventurado el varón que no tiene pecado ante Dios, ni hay en su espíritu dolo", engaño, doblez o mentira, y "dispersará a los labios engañosos". Podríamos seguir, pero basten estas muestras para saber que un verdadero israelita valoraría la falta de dolo y doblez en un cumplidor de la Ley.

Es curioso observar la distinción entre corazón malo y corazón doloso o doble. Ciertamente el corazón malo es reprobable, pero el doble y engañoso tiene el matiz hipócrita de ser malo y simular la bondad. Aquí radica su peculiar mal y su difícil curación. Ya vimos en el apartado anterior el doblez de la actitud farisaica que proclama cosas buenas, pero hace cosas peores, por la torcida intención de querer ser vistos y alabados por los hombres. Muy distinto es actuar ante Dios sin tapujos, pues no es posible engañarle. Parece una actitud un poco loca para un creyente, pues de Dios nadie se burla, pero sería una ingenuidad desconocer la fuerza del orgullo y la vanidad, y pensar que no se da con frecuencia este defecto precisamente en los que la gente llama buenos, y quizá lo son en parte.

La sencillez y la nobleza nacen de una humildad asimilada, pensada e iluminada por el mismo Dios. Muchos santos han enseñado lo que dice Santa Teresa recordando su vida anterior llena de imperfección: "Me pesaba mucho de que me tuviesen en buena opinión". Y san Gregorio Magno -gran maestro de moral y vida espiritual- dice: "Hay algunos, en efecto, a quienes les falta la sencillez en las buenas obras que realizan, porque no buscan la retribución espiritual, sino el aplauso de los hombres: Por esto dice con razón uno de los libros sapienciales: ¡Ay del hombre que va por dos caminos".

El doblez de corazón lleva a la formación de personalidades complicadas y retorcidas. No saben expresar el fondo de sus corazones, y se manifiestan de modo oscuro, raro, difícil, distante, frío. Peor es la situación de los que sí saben expresar el fondo de sus almas y no lo hacen, pues tienen mayor malicia y retorcimiento en su corazón. Su confusión es buscada, rebuscada en muchos casos. De esa mala concepción es fácil que nazcan monstruos que, en determinadas circunstancias, pueden llegar a ser fríamente malvados.

Bartolomé no era de esos sino que era un hombre recto. Es cierto que en ocasiones algunos hombres rectos por excesiva rigidez se vuelven inflexibles y fanáticos. Se fijan en la verdad y olvidan la caridad con las personas. Es un peligro. Pero mayor peligro es no amar la verdad, y

tampoco a las personas. El futuro apóstol conocía bien el doble comportamiento de muchos de sus compatriotas. Es muy posible que sintiese pena cuando, tiempo más tarde, escuche a algunos que dirigiéndose a Jesús le dicen: Maestro, "sabemos que eres veraz, y enseñas el camino de Dios conforme a la pura verdad". Tras prometedoras palabras escondían una pregunta capciosa con el ánimo de destrozar el prestigio del Maestro al que acaban de alabar. El beato José María comenta esta escena con una exclamación dolorida: "Nunca acabo de sorprenderme ante este cinismo. Se mueven con la intención de retorcer las palabras de Jesús Señor Nuestro, de cogerle en algún descuido y, en lugar de exponer llanamente lo que ellos consideraban como un nudo insoluble, intentan aturdir al Maestro con alabanzas que sólo deberían salir de labios adictos, de corazones rectos".

Jesús no pedirá virtudes extraordinarias previas ni a sus discípulos, ni a los apóstoles, ni a ninguno que se le acerque; pero exige sencillez y sinceridad. La nobleza y la humildad de un corazón sin excesivas complicaciones pueden servir como un barro dócil en manos del alfarero, y Dios -artista divino- podrá modelar el alma dócil en una auténtica obra de arte. Pero si es doble, duro, orgulloso y falso, la propia malicia hace vana la acción de Dios.

El pecado de los fariseos no consistía en no ver en Cristo a Dios, sino en encerrarse voluntariamente en sí mismos; en no tolerar que Jesús, que es la luz, les abriera los ojos. Y por contraste "entre los que no conocen a Cristo hay muchos hombres honrados que, por elemental miramiento, saben comportarse delicadamente: son sinceros, cordiales, educados. Si ellos y nosotros no nos oponemos a que Cristo cure la ceguera que todavía queda en nuestros ojos, si permitimos que el Señor nos aplique ese lodo que, en sus manos, se convierte en colirio más eficaz, percibiremos las realidades terrenas y vislumbraremos las eternas con una luz nueva, con la luz de la fe: habremos adquirido una mirada limpia".

La sencillez de Natanael, su falta de dobles y engaño, fue la base humana que permitió que bastase una sola conversación para que creyera. Tiene la mirada limpia, y las nubes de la desconfianza y el desconocimiento se disipan con facilidad ante la luz; cosa que sería imposible si estuviese dentro de una cueva sin mirar hacia fuera y sin poder ver como el sol disipa brumas y nieblas.

Buena cosa es recomendar esa sencillez, hija de la humildad y alejada de la ingenuidad y, más aún, del doble fondo en el alma. Jesucristo aconsejará a los suyos que sean "prudentes como serpientes y sencillos como palomas". Los cristianos "han de ser cautos para no dejarse engañar por el mal, para reconocer a los lobos disfrazados de corderos, para distinguir a los falsos de los verdaderos profetas, y para no dejar pasar una ocasión de anunciar el Evangelio y de hacer el bien. Han de ser a la vez sencillos, porque sólo quien es así puede ganarse el corazón de todos. Sin sencillez, la prudencia se convertirá fácilmente en astucia". Es la primera catequesis de Jesús: un hijo de Dios será un hombre sincero.

"Cuando estabas debajo de la higuera yo te vi"

La imprevista alabanza de Jesús debió desconcertar sensiblemente a Natanael, pero reacciona con prontitud. No quiere ser embaucado y sí llegar al fondo de la verdad. Ni se atemoriza, ni le impresiona demasiado el buen juicio que acaba de recibir. Y, dirigiéndose a Jesús, le dice: "¿De

qué me conoces?". Las palabras que acaba de oír revelan un conocimiento suficiente, un tanto espontáneo, pero nada superficial; es posible que le conociese a través del testimonio de Felipe, o de algún otro, pues directamente no le consta, aunque las palabras de aquel Maestro dan la impresión de un conocimiento mayor. "Respondió Jesús y le dijo: Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, yo te vi".

Natanael experimenta un sobresalto al escuchar estas palabras. La tensión y la atención con que acudía a la cita con el pretendido Mesías era grande. Las primeras palabras acentúan esa vigilancia. Pero ahora una cascada de pensamientos cae sobre su mente. "Yo te vi" me ha dicho, y no me conoce de nada, según parece. Además, ha añadido que ese conocimiento es anterior al de mi amigo Felipe. Y, sobre todo, ha hablado de un dato concreto "cuando estabas debajo de la higuera". Sí que recordaba aquel momento, pero estaba sólo con sus pensamientos, en un lugar tranquilo. ¿Quién puede penetrar en el interior de un hombre sin que éste lo revele de algún modo? Sólo Dios conoce lo íntimo del corazón.

El hecho de la higuera impresionó fuertemente al futuro apóstol. ¿Qué pensaba en aquel momento?. No debía ser una cuestión baladí. Seguro que se trataba de algo importante. Quizá pensaba en las profecías que anunciaban como inminente la venida del Mesías; es más, apurando los cálculos ya debía haber venido naciendo en Belén de Judá. O quizá reflexionaba sobre la paciencia de Dios con los pecados de los hombres merecedores de castigo, como dirá tiempo después Saulo de Tarso. Es posible que meditase sobre el sentido de su vida y sintiese que Dios le pedía más, sin saber exactamente qué. Cuando Natanael se da cuenta de que Jesús conoce sus pensamientos se sobresalta, hasta el punto de que él -un hombre cerebral y prudente-, exclama: "Rabbí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel".

La declaración de fe de Natanael es clara y explícita: cree en Jesús como Mesías que posee las características de Hijo de Dios y de Rey de Israel, según dicen las Escrituras. Pero ese acto de fe, que después le llevará a la entrega total de su vida, se origina cuando percibe que ha sido visto y escuchado por Dios en un momento especial de su vida: cuando estaba debajo de la higuera un día concreto.

Natanael sabe que Dios ve y conoce todo, pero escucharlo de una manera tan directa es una impresión fuerte que pide una respuesta de fe y entrega total. Su conocimiento de la Palabra de Dios se hace vivo y palpable. Conoce la universalidad de la ciencia divina: "antes que fueran creadas todas las cosas ya las conocía Él, y lo mismo las conoce después de acabadas". Ese conocimiento llega hasta los detalles más insignificantes: "Él cuenta el número de las estrellas y llama a cada una por su nombre"; incluso los animales: "Yo conozco a todos los pájaros del cielo"; y, de un modo especial, a los hombres y su intimidad pues Dios "escudriña los corazones" y "penetra todos los designios y todos los pensamientos". Es más, este conocimiento de la intimidad del hombre es exclusivo de Dios, y no participan de él ni otros hombres, ni los ángeles, si Dios no lo revela: "Tú solo escudriñas el corazón de todos los hijos de los hombres". Con esta convicción en el corazón es lógico tanto el sobresalto de Natanael, como su fe y entrega posterior.

Santo Tomás de Aquino, comentando las palabras de la epístola a los hebreos (4,13): "todas las cosas están desnudas y descubiertas a los ojos de Dios", dice: "Todo lo ve, incluso los

pensamientos y los secretos de la voluntad. De aquí que también a los hombres de manera especial, les alcanza la necesidad de obrar bien, porque todo lo que piensan y hacen está patente a la mirada divina". Natanael, como hombre recto y sin doblez, actúa con esa coherencia que tantas veces falta a los seres humanos.

Pero hay un matiz que conviene considerar. Natanael experimenta de un modo personal la mirada divina. Se da cuenta de que él no es uno más entre los millones de hombres que viven y mueren en el mundo, sino alguien escuchado por Dios. Ahora su vida ya es otra, y él puede ver con los ojos de Dios; se ve a sí mismo de otra manera; se ve como Dios le ve, se ve solo ante el Mesías. Su respuesta es consecuencia lógica, aunque sobrenatural.

Verás los cielos abiertos

Bartolomé es el primero que hace un acto de fe explícito y claro en Jesucristo como Rey de Israel y como Hijo de Dios. Jesús se alegró al descubrir su fe y su entusiasmo. Las palabras que cierran aquel inolvidable encuentro son una joya que conviene meditar.

"Contestó Jesús: ¿porque te he dicho que te vi bajo la higuera crees? En verdad, en verdad os digo que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar en torno al Hijo del Hombre"

La solemnidad de las palabras del Señor es notoria al repetir "en verdad" dos veces. Con frecuencia las utilizará Jesús cuando quiere decir algo importante, como reforzando la fuerza de su palabra. Ahora evoca un texto de Daniel sobre el Mesías. Llamado Hijo del Hombre, cuando tras la explicación al rey Baltasar de la visión de los cuatro vientos y las cuatro bestias le aclara que significan cuatro reinos, y al final concluye: "Yo estaba, pues observando durante la visión nocturna, y he aquí que venía entre nubes del cielo uno que parecía Hijo de hombre; quien se adelantó hacia el anciano de días y le presentaron ante él. Y le dió éste la potestad, el honor y el reino; y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán a él: la potestad suya es potestad eterna que no le será quitada, y su reino es indestructible".

Jesús habla de cosas conocidas por los buenos israelitas, y en concreto por Natanael. ¿Era este texto el que meditaba debajo de la higuera? Es muy posible. Lo cierto es que Jesús le dice con claridad que efectivamente es el Mesías esperado, y que su reinado tiene las características profetizadas por Isaías: espiritual, indestructible, universal, con potestad eterna; es decir, muy distinto de los reinos de la tierra.

El reinado de Cristo va a ser una de los temas más difíciles de entender por parte de los judíos, de los mismos apóstoles y de las sucesivas generaciones, al menos en parte. Muchos discípulos se separan del Maestro cuando no quiere aceptar el reinado después de la multiplicación de los panes. La acusación con que le llevan a los romanos es que se hace rey, y así consta en la tablilla acusatoria colgada a la cruz: Jesús Nazareno rey de los judíos. Jesús aclara una y otra vez que su reino no es de este mundo, pero nunca deja de decir que efectivamente tiene el poder de rey universal, es decir el poder pleno. Algunos discípulos presentes durante la Ascensión a los cielos le preguntan si es entonces cuando va instaurar el reino mesiánico, y Jesús responde subiendo al cielo.

Ser rey significa tener poder y autoridad para mandar y regir, para dar leyes y gobernar, para conducir al pueblo a la justicia y la paz, para superar las injusticias, ayudar al pobre y corregir al desaprensivo. El reino de Dios debe ser un reino de amor, justicia, verdad y libertad máximos. Todos los reyes de la tierra reciben su poder de Dios, y se les debe obedecer en las materias justas; no es lo suyo un mandato arbitrario para el propio beneficio. Eso sería un abuso. El Reino de Dios en la tierra debe ser un reino perfecto, como perfecto es Dios. Entonces.... ¿por qué Jesús no toma los signos externos de poder? Sólo cabe una explicación: quiere reinar en las almas, y a través de ellas transmitir su justicia, su amor, y su paz a toda sociedad. No quiere quitar la libertad y la autonomía a los hombres. Cada hombre, cada pueblo, cada civilización deben merecer la paz, la justicia y la libertad. Así quiere reinar Cristo en el mundo antes del Juicio final. Si los hombres son fieles a su doctrina y a su gracia, el mundo será un paraíso anticipado, al menos en parte. Si los hombres no dejan que Cristo reine en sus almas y en la sociedad, se llenarán de injusticias y dolores con raíces tan profundas como sus pecados.

"Intentan algunos construir la paz en el mundo, sin poner amor de Dios en sus propios corazones, sin servir por amor de Dios a las criaturas. ¿Cómo será posible efectuar, de ese modo, una misión de paz? La paz de Cristo es la del reino de Cristo; y el reino de nuestro Señor ha de cimentarse en el deseo de santidad, en la disposición humilde para recibir la gracia, en una esforzada acción de justicia, en un divino derroche de amor".

"Esto es realizable, no es un sueño inútil. ¡Si los hombres nos decidiésemos a albergar en nuestros corazones el amor de Dios! Cristo Señor Nuestro, fue crucificado y, desde la altura de la Cruz, redimió al mundo, restableciendo la paz entre Dios y los hombres. Jesucristo recuerda a todos: et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum, si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, omnia traham ad meipsum, todo lo atraeré hacia mí. ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!".

Natanael creyó que Jesús era el Mesías rey esperado y vio lo esencial del reinado de Jesús. Ahora lo ve desde el cielo. Al final de los tiempos lo verá plenamente realizado cuando Cristo sea "todo en todas las cosas" y "el último enemigo que es la muerte" haya sido definitivamente vencido.

Simón el celotes

Poco sabemos de este apóstol. Pero poco, no quiere decir nada. En la lista de los Doce se le coloca en el último lugar. Y una palabra, si es expresiva, puede llegar a decir mucho más que ciento. La palabra celotes lo es, y mucho. Simón era un "celotes", aunque también se le llama "cananeo".

Veamos lo que eran los celotes para comprender el modo de pensar de este apóstol, y también para comprender mejor los criterios de selección de Cristo respecto a los apóstoles.

Flavio Josefo define a los celotes como un grupo que "concuera con las opiniones de los fariseos, pero tiene un ardentísimo amor a la libertad y admiten como único jefe y señor a Dios, y

no vacilan en sufrir las muertes más terribles y el castigo de parientes y de amigos con tal de no reconocer a hombre alguno". Luego a una determinada posición religiosa y política unían un talante humano recio, independiente, y nada fácil. Así era Simón.

Concretamos más lo que eran los celotes. Este movimiento comienza con una rebelión ante el censo de Quirino hacia el año 6 o 7 después de Cristo. Nacen precisamente en Galilea, pero se extienden a todo el territorio. Fueron reprimidos por la fuerza en diversas ocasiones, pero el fermento celote permanecía siempre latente, tanto en tiempos de Cristo como más tarde en la rebelión violenta ante los romanos el año 66, que llevó a la destrucción total de Jerusalén el año 70. Muchos guerrilleros en activo pertenecían a este movimiento, siendo apoyados, más o menos activamente por muchos otros israelitas.

El aspecto religioso era decisivo, y más importante aún el político, aunque estuviesen íntimamente unidos. Se puede decir que les movía un celo fanático por la religión de Israel. Eran decididos, comprometidos, celosos de la ley, algo fanáticos, confiando en una próxima constitución del reino de Dios. Criticaban duramente a los sacerdotes, y se les puede considerar próximos a los fariseos en lo religioso, pero con mayor intransigencia.

Lo social también contaba lo suyo entre los celotes. Cuando conquistan Jerusalén el año 66, uno de sus primeros actos es la quema del archivo de la ciudad para aniquilar las deudas y hacer imposible su cobro. Es fácil imaginar la animadversión que tendrían hacia los publicanos desde todos los puntos de vista. Y, contra todo pronóstico, un celote y un publicano forman parte del Colegio Apostólico. Realmente los planes de Dios iban más lejos que las miopías humanas.

Mucho tuvo que cambiar Simón para adaptarse a la vida que enseñaba y vivía Jesús. Pero lo hizo. Algunos llegan a decir, que es el que más tuvo que cambiar, pero esta opinión parece algo imaginativa y sin fundamento. El cambio abarcaba desde lo político -Jesús no se define en las banderías humanas-, pasando por lo religioso -las críticas del Señor a los fariseos son más aplicables aún a los celotes- y en lo personal -superando el fanatismo-.

Dado que nos interesa conocer el carácter de Simón con tan tenues datos, centrémonos en el fanatismo. Jesús predicó con total claridad el mandamiento del amor, y lo propio del fanático es no amar a las personas que no aceptan la misma verdad. No saben vivir una distinción importante que consiste en ser transigentes con las personas al mismo tiempo que intransigentes con la verdad. El matiz es esencial: odiar el pecado y amar al pecador. Jesús nunca cede ni un milímetro en cuestiones de doctrina, pero siempre acoge a los pecadores o a los equivocados. El fanático no sabe querer a todos. Ama su verdad hasta el odio a los que no piensen como él, quizá más porque es suya, que porque sea la verdad. San Pablo, antes de su conversión, es un buen modelo de esta actitud, aprueba el asesinato de Esteban -el protomártir- y persigue a los cristianos para encerrarlos en cárceles y obligarles a blasfemar.

Simón debía aprender a comprender, disculpar, perdonar, persuadir y asimilar que el amor es más fuerte que la violencia en cuestiones de conciencia. El camino para superar el fanatismo estaba en la humildad. Simón tuvo la escuela óptima en Jesús -la Verdad misma- que no destroza a sus adversarios, sino que argumenta, habla, discute, aunque con algunos deba hacerlo con fuerza por la mala voluntad y cerrazón intelectual en que se instalan. Pero Cristo nunca impuso

la verdad a nadie por la fuerza, y menos aún obliga a creer en Él con la violencia. El Juicio de Dios es al final de la vida: "El que juzga es el Señor".

La presencia del Simón entre los Doce es elocuente para mostrarnos el plan divino de la salvación. Los apóstoles fueron llamados mientras se dedicaban a sus actividades ordinarias, y cada uno tenía sus opiniones políticas. Conocemos las opiniones de Simón, como acabamos de ver. Pero también llamó a Mateo, al que podemos tildar de colaboracionista con el poder de judíos complacientes, herodianos o romanos. Lo que contaba era el dinero que no tiene opinión política. Parece casi imposible encontrar dos personajes más separados en sus opiniones. No conocemos las ideas de los demás en este punto, pero es muy probable que la mayoría simpatizasen a distancia con las posturas celotes. Otros, en cambio, no se interesaban en el tema. Y en algunos, como Juan y Andrés, la preocupación religiosa se desvela nítida sin connotaciones políticas.

¿Fueron elegidos los apóstoles al azar en este aspecto político? No parece, pues equivale a ignorar la prudencia de Jesús. Parece clara la distancia que quiere tomar el Señor sobre todas las posturas religiosas y políticas del momento, para que nadie pudiese confundirle con algunos de ellos o sentirse excluido. Tener discípulos y apóstoles de las tendencias más variadas era hablar sin palabras de la diferencia esencial del mensaje predicado. Nuestro Señor no vino a predicar una Salvación humana asimilable a las liberaciones del momento, sino a salvar a todo hombre, de toda época, del pecado, de la muerte y del diablo. Ahí radican todas las esclavitudes.

Jesús no critica las opiniones políticas sus discípulos, pero les exige respeto, y remontarse a las raíces de los males de cada generación. Sin la liberación del pecado todas las liberaciones políticas -a pesar de las grandilocuentes declaraciones- acaban en nuevos dolores, si no en tiranías crueles.

Los últimos serán los primeros

Simón es el último de los elegidos y nada sabemos de sus acciones y palabras en el evangelio. Es más discreto que el mismo Andrés. Hace lo que se le dice y pasa oculto. Hace y calla. La importancia de sus acciones no se juzgará desde las tribunas humanas sino desde el trono celestial. No en vano Jesús les había enseñado con insistencia que "muchos de los primeros serán últimos, y de los últimos, primeros".

Mirando al discípulo oculto podemos reflexionar sobre el contexto de las dos ocasiones en las que Jesús afirmó la delantera de los últimos sobre los primeros en el Reino de los Cielos. Una de ellas la dijo después de la marcha triste del joven rico apegado a sus riquezas. La consecuencia es obvia para resistir el atractivo de las riquezas como impedimentos para la entrega plena a Dios. La siguiente ocasión fue la consecuencia de una parábola.

Es la parábola de los obreros de la viña. Fácil es ver en ella al pueblo elegido tantas veces infiel a las llamadas e invitaciones a tener fe. Pero también es aplicable a cada persona individual. Un amo sale a contratar a un precio justo a obreros para su viña, es la vocación. Los obreros de primera hora pueden ser muy bien los que son llamados desde su primera juventud, y gastan una vida entera para servir a su Señor recibiendo a cambio el premio justo. Los que van siendo llamados a distintas horas del día bien pueden simbolizar tanto los que son llamados después de

desperdiciar buena parte de su vida en trivialidades, como en la generosidad del dueño de la viña que no deja de llamar a los que están mano sobre mano.

Cuando todos reciben la misma paga responde a la queja de los de primera hora que su ojo no puede ser malo porque él sea bueno. "Así los últimos serán los primeros y los primeros, los últimos". Los juicios de Dios son diversos de los juicios de los hombres, porque Dios es infinitamente sabio, misericordioso y justo. Sólo Dios sabe las posibilidades de cada hombre. Sólo Él conoce las gracias y dones que ha derramado sobre cada uno, y de las cuales tendrán que responder. Sólo el Señor, por fin, conoce la dificultad real que lleva consigo la misión encomendada a cada uno. Será curioso ver la redistribución de la jerarquía de los santos comparada con la de la fama humana. ¿No es pensable que la viuda pobre que da limosna esté por delante de muchos reyes, de muchos Papas e incluso de muchos santos canonizados?

Dios valora la caridad y la humildad de los hombres en su justa medida. La Virgen Santísima ocupó un lugar humildísimo, muchas veces humillada, en esta tierra; pero es la Reina de todos los santos y Reina incluso de los ángeles. Los mismos apóstoles estarán a niveles diversos, aunque en su felicidad eterna no tengan demasiado en cuenta quien es el primero o el último.

Varias veces discutieron los discípulos sobre cuál de ellos era el más importante. Unas veces lo hacían para poder estar cerca del Maestro; pero otras era sencillamente la vana gloria de ocupar los primeros puestos. Jesús les corrige de diferentes modos. Unas veces les muestra a un niño y les dice que se hagan como niños en sencillez para ser los primeros. Otras veces les muestra la vergüenza de los que se colocan en los primeros lugares y deben retroceder cuando llegan otros más importantes. Pero la lección del servicio la enseñó con sus mismas manos y les lavó los pies en una acción de múltiples significados. Pero uno era obvio y se lo dijo: "¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor y decís bien porque lo soy. Si yo, Señor y Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros, pues yo os he dado ejemplo para que hagáis también vosotros como yo he hecho con vosotros. En verdad, en verdad os digo que no hay siervo mayor que su Señor, ni enviado mayor que quien le envía. Si estas cosas entendéis, seréis felices si las practicáis".

Unos servirán literalmente lavando pies o curando llagas. Otros deberán hacerlo desde el ejercicio de la autoridad -en la sociedad o en la Iglesia- para que todos puedan vivir la tranquilidad en el orden propio de la paz. Otros servirán a los demás con su vitalidad apostólica o rezando en un convento de clausura. Pero todos los cristianos debemos servir si queremos seguir a Cristo. Simón sirvió desde el silencio.

Podemos concluir estas líneas recordando lo que dicen las tradiciones sobre él. Una tradición abisinia dice que, tras haber realizado el apostolado en samaria y haber sido luego obispo de Jerusalén, habría sido crucificado. Otras tradiciones, más bien legendarias, señalan que habría evangelizado otras regiones siendo por último decapitado. Finalicemos con las palabras del himno litúrgico

Oh Simón, que movido por un celo divino sigues las huellas de Cristo y lo anuncias con un celo infatigable.

JUDAS TADEO

Andrés

La Tradición, al igual que el Evangelio, es parca en datos sobre este apóstol que algunos llaman el "protoapóstol", o "primer apóstol", anteponiéndole al mismo Juan. Según Eusebio de Cesarea, en el reparto del mundo para su evangelización, le habría correspondido la Escitia o sur de la Rusia actual, donde, sin embargo no se han encontrado restos de cristianismo antes del siglo III. San Jerónimo afirma que su actividad apostólica se realizó en Tracia, Macedonia y Grecia, así como en las colonias griegas en torno al mar Negro -en una de ella se encuentra una piedra blanca o cátedra desde donde predicaba-. Otros testimonios trazan el itinerario geográfico de su apostolado desde Jerusalén a Grecia, haciéndole pasar por las regiones cercanas al Mar Negro. Una reliquia suya fue devuelta por el Papa Pablo VI a Constantinopla con el ánimo de facilitar la unión entre los ortodoxos y los católicos. Desde el siglo XII se le venera crucificado en una cruz en forma de aspa, modo en el que fue martirizado. En Rusia se utilizó durante siglos esta cruz en las banderas.

Cuenta la tradición que San Andrés murió alabando la cruz, pues le acercaba definitivamente a su maestro.

"Oh, cruz buena, que has sido glorificada por causa de los miembros del Señor, cruz por largo tiempo deseada, ardientemente amada, buscada sin descanso y ofrecida a mis ardientes deseos (...) devuélveme a mi Maestro, para que por ti me reciba el que por ti me redimió". Andrés no se siente postergado.

Este discreto apóstol no se sintió postergado cuando los demás iban destacando. Muy pronto, casi desde el principio, su hermano Simón ocupa un puesto importante entre los discípulos, un poco por su carácter, pero sobre todo porque Jesús así lo quiere; más adelante, el Señor le dice que será la Roca sobre la que edificará su Iglesia ocupando de hecho un puesto de relevancia entre todos ellos. Andrés no alega que él es quien ha traído a su hermano a Jesús, siendo así el instrumento de su vocación, ni hace valer sus lazos de parentesco para ser algo más importante. Es uno más, y eso le basta. Tampoco se queja de que su amigo Juan ocupe un lugar distinguido en corazón del Maestro por su docilidad, finura y sensibilidad espiritual. Ni le molesta, ni envidia, sino más bien se alegra de lo bueno que era aquel amigo suyo de toda la vida, y se goza de tener tan buenas amistades con una alegría muy cercana a la del Señor, y por los mismos motivos; está contento porque es bueno. Cuando Jesús incorpora a Santiago, a Juan y a Pedro como confidentes más próximos, tampoco dice que es uno de los dos primeros discípulos, ni que siguió a Jesús sin conocer siquiera que hacía milagros y tuvo fe en Él antes de escuchar sus maravillosos discursos, sino que calla y se alegra con lo que tiene, consciente de que no es poco y más de lo que se siente digno. Estos son frutos de la humildad: produce alegría; mientras que los envidiosos o los vanidosos se entristecen y amargan por los mismos hechos. Andrés está en sintonía con Cristo desde el principio.

No escribió ningún evangelio o carta, ni interviene mucho en los relatos evangélicos, es más, sus intervenciones son breves e incidentales; eso sí, muy eficaces. Podemos decir que una de las virtudes características de Andrés es la discreción.

Es citado en la Escritura acompañando a Juan cuando buscan a Jesús, pero nada dice, aunque consigue que su hermano Pedro acuda a ver al Señor. En la multiplicación de los panes ayuda a Felipe cuando el Señor le pregunta para probarle cómo van a dar de comer a tanta gente y señala a un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces. Esos alimentos son el origen material de la multiplicación de los panes y de los peces. Y cuando Felipe atiende la petición de los griegos que quieren ver a Jesús, acude a Andrés, y ambos van a Jesús, como si Andrés tuviese más influencia ante el Señor. Estos datos revelan discreción y humildad, y no deja de ser significativo que todos ellos sean recogidos por Juan el evangelista, su amigo de siempre. Pero Marcos nos proporciona otro dato de su carácter cuando Jesús les habla sentado en el monte de los Olivos frente a las construcciones magníficas, y, al decirles que todo será destruido pregunta en un aparte junto a Pedro, Juan y Santiago, los tres más frecuentemente distinguidos, sobre el momento en que sucederán estas cosas. Discreto sí, pero nada apocado.

Veamos con detalle una de las breves intervenciones de Andrés reveladora de su carácter y vida interior. Ocurrió antes de la multiplicación de los panes. Andrés es testigo del diálogo entre Jesús y Felipe sobre cómo dar de comer a la multitud. Es consciente de la dificultad, desea ayudar, y, entonces, con una sencillez un tanto ingenua dice: "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces". Las miradas de todos se debieron dirigir a Andrés habitualmente silencioso, y alguno puede ver las palabras de su amigo como algo insensatas: si doscientos denarios eran insuficientes, ¿qué se podía hacer con cinco panes y dos peces?; ni para los mismos discípulos bastaba. El mismo Andrés es consciente de la desmesura de su proposición y añade: "pero, ¿qué es esto para tantos?" como disculpándose de su extraña intervención.

Pero Jesús no desprecia la oferta de Andrés, y partiendo de aquellos pocos panes del joven previsor, los toma, los parte, y realiza el milagro del pan abundante. Es lógico pensar que la multiplicación se verificara en las manos del Señor en la medida que partía el pan, pues un multiplicación súbita es inimaginable: son necesarias muchas toneladas de pan para que tantos pudiesen comer hasta hartarse. Jesús no desprecia a los humildes ni la generosidad de los sencillos, y aquella pequeña cantidad de pan es la materia inicial para el gran milagro. Jesús se apoya en la generosidad del muchacho y en la sencillez de Andrés, del mismo modo que había utilizado agua para dar vino bueno y generoso a los novios de Caná cuando podía haber realizado el milagro sin la colaboración del agua que tanto esfuerzo de transporte costó a los criados, pues seiscientos litros de agua pesan otro tanto en kilogramos, que no es poco.

Es muy posible que Jesús quisiese que Andrés, habitualmente silencioso por discreción y quizá por una cierta timidez, no quedara cortado y avergonzado por una salida de tono verdaderamente clamorosa. Una vez más, Jesús sabe alentar las virtudes de cada uno y ayuda a superar sus deficiencias. La discreción de Andrés podía convertirse en mutismo y en una cierta rareza de hombre taciturno; al contrario de la espontaneidad de su hermano Pedro que, en su exuberancia, podía convertir en ira el entusiasmo más santo, con el añadido de que podía herir a alguien al decir casi siempre lo que pensaba sin considerar si era oportuno o no.

En la petición de ayuda por parte de Felipe a Andrés para llevar los griegos a Jesús no se conocen palabras suyas, pero sí la eficacia de los hechos. Sin cambiar el modo fundamental de ser -no es corriente que se cambie el temperamento- lo corrige y encauza para convertir en virtud lo que podía ser un defecto: ser hombre de pocas palabras, pero de hechos eficaces.

Ante la figura de Andrés vale la pena considerar la importancia de esta forma de humildad que es la discreción. La persona discreta habla cuando conviene y es necesario. Es mejor pocas palabras y hechos buenos, que muchas palabras y pocas realidades. No en vano Jesús recomienda evitar "la palabra ociosa"; la experiencia humana confirma los muchos males que proviene de hablar demasiado, y lo acertado que es saber dominar la lengua.

El apóstol Santiago dice respecto al uso de la lengua: "que cada uno sea diligente para escuchar, pero lento para hablar y lento para la ira", haciendo ver cómo los enfados, la cólera y la soberbia llevan al descontrol de la palabra y se dicen con frecuencia cosas ofensivas, muy difíciles de arreglar. El modo de controlar la lengua es la humildad y la piedad: "si alguno se considera hombre piadoso, pero no refrena su lengua, engaña de ese modo a su corazón, su religiosidad es vana", es decir, falsa y mentirosa, pues falta a la caridad, a la prudencia y quizá a la justicia, como ocurre en las murmuraciones, los juicios temerarios, los chismes, las susurraciones, o, incluso, al hablar por hablar, que puede pasar de hacer cierta gracia a causar auténtico estorbo, pues una cosa es el suave silbido del viento y otra el rugido de la tempestad, aunque ambas sean producidas por el aire. En resumen "si alguno no peca de palabra, ese es un hombre perfecto, capaz también de refrenar todo su cuerpo"; este parece el talante del discreto Andrés, que aprendería en propia carne la malicia de las lenguas envenenadas de muchos de sus compatriotas alrededor de Jesús, y los problemas de las lenguas irreflexivas como la de su hermano.

La discreción de Andrés es un modelo para todos, pues muestra un modo de vivir la humildad lleno de prudencia y de dominio de la pasión realmente notable, sin incurrir en el defecto que es la timidez.

San Pedro Damiano lo ensalza así en la liturgia:

Pescador, antaño de peces, ahora de hombres, rescátanos con tus redes, oh Andrés, de las galernas del mundo.

Tú, hermano de Pedro, obtuviste su misma muerte pues la cruz engendró para el cielo a los que habían nacido de una misma carne.

Oh venerable prole, que compartís la misma corona de gloria: ambos Padres de la Iglesia, ambos hijos de la cruz.

Oh varón, tan querido de Cristo, haz que no consintamos demoras en la carrera por el amor, hasta que habiendo llegado gozosos a la Patria, podamos proclamar la gloria de Dios. Amén

El fin del mundo

Ocurrió el Martes Santo a la salida del Templo de Jerusalén. Después de haber triunfado Jesús de sus enemigos, éstos le insidiaban con mil cuestiones difíciles que encontraban adecuada

respuesta, pero como no tenían intención de encontrar la verdad y convertirse, las palabras de Jesús resbalaban en ellos como el agua en la roca granítica. Jesús sale del Templo dolorido por la dureza de corazón de aquellos hombres tan cercanos a la palabra de Dios y tan lejanos de Dios mismo. Los apóstoles participan de aquel dolor. Jesús acaba de decir a los que le escuchan que "quedará desierta vuestra casa". ¿Qué quieren decir estas palabras? Pronto lo sabrán.

En el momento en que los discípulos -quizá para crear un ambiente más distendido- se admiran de la belleza del Templo, y dice uno de ellos: "Maestro, mira qué piedras y qué edificios"; otros aprovechan la ocasión y al admirar las riquezas del Templo, quizá comentan los valiosos dones de personajes como Ptolomeo, Augusto, Julia, Herodes el Grande y muchos otros benefactores insignes y personas particulares que guardaban sus fortunas en el Templo. Basta pensar en la vid de oro macizo puesta a la entrada del Templo que tenía la altura de un hombre. Tácito dice que era un templo de inmensa opulencia, algunas de las piedras eran enormes.

El tono de la conversación debió animarse, Jesús calla y de repente les dice: "¿Veis estas grandes construcciones? No quedará aquí piedra que no sea derruida", la expresión "no quedará piedra sobre piedra" es expresiva. Todos quedaron consternados ante estas palabras, tanto por el tono profético del que sabe con certeza algo que va a suceder, como por la dureza de la misma revelación, pues les estaba diciendo que aquellas construcciones, orgullo de todo israelita, iban a ser destruidas; cosa que ocurrió efectivamente antes de haber transcurrido cuarenta años por manos de Tito, futuro emperador. Al no poder dominar un incendio ordenó la destrucción total del Templo que dura hasta hoy. Precisamente uno de los signos del final de los tiempos será la reconstrucción de aquel Templo que miraban los discípulos con admiración y Jesús con pena, pues sabía la infidelidad que escondían sus muros.

Todos callan y un silencio cortante domina la escena. Ascienden un poco más hasta el huerto de los olivos, que está frente al Templo, y allí, en confianza "le preguntaron aparte Pedro, Santiago, Juan y Andrés: Dinos: ¿cuándo ocurrirán estas cosas y cuál será la señal de que todo esto está a punto de cumplirse?". Sorprende que le pregunten en un aparte, como si fuesen conscientes de lo importante del tema -cosa que resalta observando el silencio pensativo del Maestro- pero parece claro que no convenía por prudencia que todos escuchasen la revelación. Es significativo que una de las acusaciones del falso juicio ante Caifás fue que destruiría el Templo y lo reconstruiría en tres días. No es impensable que estos cuatro íntimos -tan fieles- ya tuviesen algunas dudas sobre Judas, o sobre algún otro.

Pedro, Juan y Santiago son tratados por Jesús con deferencia en diversas ocasiones en la revelación del Tabor; parecen los de más confianza, pero ahora se añade Andrés, ¿no era él uno de los cuatro primeros? Está claro que no quiere por una falsa humildad dejar de estar cerca de Jesús en aquellos momentos que se manifiestan difíciles.

Es bien conocida la fuerza de la curiosidad en casi todos los seres humanos. Si la persona es humilde y sensata limita la curiosidad a las cuestiones importantes y prescinde de querer conocer cosas que no le afectan, o no puede arreglar, ni le interesan. Cuando se abre una ventana al conocimiento del futuro es fácil que la curiosidad crezca. Llegando en ocasiones a gran variedad de supersticiones como la adivinación, o incluso a pecados con matiz diabólico. En estos casos se da una fascinación difícil de explicar, pero visible en muchos sectores sociales, especialmente

entre personas poco cultas, aunque también se da el esoterismo en entre personas más o menos cultivadas. Conviene recordar que el futuro está en manos de Dios, de modo que algunas cosas suceden necesariamente (como es la concesión de las gracias suficientes para que todos puedan salvarse, o el triunfo final de Cristo), y otras las quiere Dios condicionadas a la libertad de los hombres (por ejemplo: si un hombre es rebelde y no quiere aceptar la gracia necesaria para salvarse, no se salva).

Entre las cosas futuras está el fin del mundo. El tiempo comienza con la creación y concluye con el fin y el juicio. Es contraria a la Revelación una consideración circular del tiempo como si todo se repitiese indefinidamente. Jesús les mostrará a los cuatro apóstoles lo que va a suceder antes del final definitivo tras el cual volverá a venir con toda su gloria para juzgar a los hombres. La revelación de los signos que preceden al fin del mundo causaría una fuerte impresión a los apóstoles, y la sigue causando a los que leemos sus palabras. Ellos estaban tan acostumbrados a la misericordia del Señor, que la dureza de las profecías les debió conmover, pues se trataba de una venida llena de justicia. En las palabras de Jesús se advierte con claridad la infinita caridad de Dios, y la libertad de los hombres. De un lado serán tiempos difíciles, de otro muchas cosas variarán según la cantidad de hombres buenos o malos que haya.

Toda la Sagrada Escritura describe a Dios en la doble dimensión de Amor y Justicia; y Cristo es mostrado como Redentor y Juez en la misma medida. Marginar la Justicia de Dios, considerando superficialmente su Amor, ni corresponde a lo que enseña la Biblia, ni es adecuado a personas maduras, sino a infantiles mentales llenos de flojedad y egoísmo. Carles Cardó lo expresa con fuerza: "Al reflexionar que al ir a Dios se entra en el dominio de lo absoluto y de las dimensiones infinitas, se comprende que así como Dios no puede amar más que con abnegación total, absoluta, sin más límite que lo que más pueda parecerse a una inmolación total de su Ser, así tampoco no puede ser justo más que infinitamente, es decir, hasta el rigor que por ser divino ha de ser máximo, eterno, absoluto, irrevocable. Si Dios, que es infinito al amar, no fuese infinito al castigar dejaría de ser Dios. Negar a Dios esta infinitud en el castigo es destruir la idea de Dios por negar una dimensión divina. Es pensar en Dios a escala humana, con medidas minúsculas". Fuertes palabras, pero verdaderas.

Pero volvamos la mirada al grupo de los cuatro aventajados discípulos de Jesús, que le escuchan con fe, con curiosidad, y con un cierto temor en el corazón, como es fácil suponer. Respecto al tiempo del fin del mundo no les quiere revelar el momento: "en cuanto a aquel día y a aquella hora, nadie la conoce: ni los ángeles, ni el Hijo, sino sólo el Padre, cosa comprensible pues el temor, el desaliento, el cansancio, o la despreocupación podrían hacer mella en los hombres y conviene que cada uno luche en el presente. Respecto al final absoluto queda claro que se trata de un Juicio lleno de verdad:"Y cuando venga el Hijo del hombre en su majestad y todos los ángeles con El, entonces se sentará sobre el trono de su majestad, y serán congregadas delante de Él todas las gentes, y los apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos".

Estas revelaciones son importantes pues muestran que existe un final de la historia y un cumplimiento cabal de la sabiduría divina sea cual sea la respuesta humana, pero importa menos para la persona individual, ya que cada uno al morir es juzgado según sus obras; los justos van al Cielo, los pecadores al infierno, y aquellos que está en gracia pero tienen pecados veniales o

imperfecciones por purificar van al Purgatorio, según nos enseña la doctrina cierta de la Iglesia. Lo más novedoso son los signos que precederán al momento final, inicio de la consumación y del tiempo de prueba para la Humanidad entera. Eso es lo que reveló Jesús a los suyos contemplando aquel Templo que sería destruido al poco tiempo por la incredulidad de muchos.

Las palabras del Señor sobre lo que acaecerá en los últimos tiempos se van mezclando con lo que sucederá al Templo y al Israel incrédulo, y, en cierta manera, sucederá siempre a la Iglesia a lo largo de los siglos. Muchas veces se ha visto lo sucedido a Jerusalén como un prelude de lo que puede suceder a la humanidad si no se da una suficiente fidelidad a Dios. Veamos lo fundamental de las palabras del Señor.

Lo primero es el engaño, las guerras y las catástrofes naturales. Así lo enuncia uno de los evangelistas: "mirad que nadie os engañe. Muchos vendrán en mi nombre diciendo; Yo soy, y engañarán a muchos. Cuando oigáis que hay guerras y rumores de guerras, no tengáis miedo. Es preciso que esto suceda, pero no es todavía el fin. Pues se levantará pueblo contra pueblo y reino contra reino. Habrá terremotos en diversos sitios, habrá hambres". Muchos han visto en estas palabras lo que sucedió antes del año 70 en que fue destruida Jerusalén. Es notorio que también han sucedido muchas cosas similares a lo largo de la historia, pero parece que serán más intensas estas pruebas antes del fin definitivo, pues es sólo "el comienzo de los dolores". Quedémonos con los consejos de Jesús para estas pruebas: "No tener miedo", "No dejarse engañar", "prepararse para la batalla de la fe".

La segunda serie de señales es la aparición de persecuciones similares a las que padeció Cristo. Con estas revelaciones les previene contra la tentación de pensar que el suyo será un triunfo fácil. Mateo lo escribe así: "entonces os entregarán a los tormentos, y os matarán, y por mí seréis odiados de todos los pueblos. Muchos desfallecerán y unos a otros se traicionarán y se odiarán mutuamente. surgirán muchos falsos profetas y con el crecer de la maldad se enfriará la caridad de muchos" , realidades fuertes que sólo atempera la insinuación de San Pablo sobre la conversión de los judíos . Ante el posible temor producido por estos descubrimientos les consuela diciendo que tendrán una ayuda especial del Espíritu Santo para perseverar: "el que persevere hasta el fin, ese se salvará", es más, "no se perderá ni un cabello de vuestra cabeza", pero necesitan paciencia.

Las señales de la ruina de Jerusalén también son aplicables al fin del mundo, se trata de la "abominación de la desolación" . Con esta expresión el profeta Daniel señala una idolatría enorme, algo así como la profanación del Templo de Dios realizada por Antíoco al colocar un ídolo allí; o bien ocupar el lugar más sagrado de una manera sacrílega y llena de un sorprendente poder. Las palabras "donde no debiera estar", citadas por Marcos, quizá anuncian un poder humano que intentará suplantar el poder divino en la tierra que ejerce la Iglesia. El consejo del Señor para esta situación es rezar: "Orad para que no suceda en invierno", expresión que quizá quiere decir con pocos frutos, aunque la oración de los justos acortará el tiempo de prueba. "Habrá en aquellos días tal tribulación cual no la ha habido desde que Dios creó hasta ahora, ni la habrá. Y si el Señor no acertase aquellos días, nadie se salvaría. En atención a los elegidos se abreviará". Estas señales ya son más directamente aplicables al fin de los tiempos.

La tercera serie de señales es la aparición de falsos Cristos y falsos profetas, capaces de hacer prodigios y "de engañar si fuera posible a los elegidos", dice el Señor. San Pablo añade que vendrá "una gran apostasía", unida a la aparición de "un anticristo" al que llama "hijo de la perdición que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse a sí mismo Dios".

La destrucción de Jerusalén fue escenario de lo esencial de estas señales, las cuales son signos de lo que sucede ahora y lo que sucederá al final de un grado máximo. Jesús ilustrará su revelación del futuro con algunas palabras como la de la higuera estéril, las vírgenes, los talentos para exhortar a la vigilancia: "estad alerta, vigilad; porque no sabéis cuando vendrá este tiempo", pues "no sabéis ni el día ni la hora"; e incluso les previene de una insensata confianza como la que se dio antes del diluvio universal "se comía, se bebía, tomaban mujer y marido, hasta el día que Noé entró en el arca".

¿Qué actitud tuvieron Simón, Juan, Santiago y Andrés al escuchar estas palabras del Señor? El sabor agrisado de la curiosidad satisfecha y un mejor conocimiento de la intimidad del Maestro. Por un lado pueden compartir con Jesús su dolor y comprender su sacrificio, por otro se sentirán espoleados a ser más fieles y mejores anunciadores de la salvación de modo que nadie pueda decir que no estaba avisado; y, por fin, un cierto temor ante los tiempos difíciles que se avecinaban aunque tuviesen gran confianza en Dios Todopoderoso. Andrés sentirá el peso de la confianza divina. Ese peso le ilumina y, al mismo tiempo, le carga con responsabilidad similar a la de Cristo.

El final de la exposición de Jesús sobre aquellos hechos fue sorprendente, pues dijo:

"Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor y las potestades de los cielos se conmoverán. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre, y en ese momento todas las tribus de la tierra prorrumpirán en llantos. Y verán al Hijo del Hombre que viene sobre las nubes con gran poder y gloria. Y enviará a sus ángeles que, con trompeta clamorosa, reunirán a sus elegidos desde los cuatro vientos, de un extremo a otro de los cielos". Realmente es el dies irae del que habla San Pablo: día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual retribuirá a cada uno según sus obras: la vida eterna para quienes, mediante la perseverancia en el bien obrar, buscan gloria, honor e incorrupción; y la ira y la indignación, en cambio, para quienes, con contumacia, no sólo se rebelan contra la verdad, sino que obedecen a la injusticia".

Andrés sentirá temor ante los acontecimientos anunciados, pero también gozo por haber sabido encontrar a Jesús misericordioso antes de verlo como justo Juez. Conviene que todo hombre, como Andrés, aproveche el tiempo de misericordia de esta vida arrepintiéndose de sus malas acciones, bautizándose y confesando sus pecados, pues desconoce tanto el tiempo del juicio final como el del juicio personal que se dará tras la muerte; cada cual se encontrará con la verdad de su vida tanto si fue generosa y recta, como si fue torcida y pecadora. No en vano dice San Agustín que Jesús "no sólo predijo los bienes que había de otorgar a los santos y fieles suyos, sino también los males que habían de abundar en esta vida; y todo con el fin de que esperemos con mayor seguridad los bienes que han de seguir al fin de los tiempos, no obstante los males que les han de preceder".

Vale la pena recordar el himno del dies irae atribuido a Tomás de Celano, uno de los primeros en seguir a San Francisco evocando el Juicio Final en primera persona con todos los acentos de petición humilde y temor ante el posible castigo:

Día de ira, el día aquel que reducirá el mundo a cenizas; lo atestiguan David y la Sibila.

Cuan grande será el terror cuando aparezca el Juez para juzgar con rigor todas las cosas.

La trompeta esparciendo atronador sonido por entre los sepulcros, nos empujará a todos ante Dios.

La muerte se asombrará y la naturaleza cuando se levante la criatura para responder ante su Juez.

Se abrirá el libro, ya completo, en el que todo se ha consignado, para abrir el proceso del mundo

Así, pues, cuando el Juez tome asiento, se revelará todo su secreto, nada quedará sin castigo.

Oh Dios de augusta majestad, Candor santísimo de la Trinidad, llámanos a la sociedad de tus santos.

¿Qué he de decir entonces, miserable de mí?

¿A qué abogado recurriré, cuando aún el justo apenas está seguro?

Oh Rey de terrible majestad, que a los que salvas, salvas por pura bondad: sálvame, fuente de piedad.

Acuérdate, Jesús piadoso, de que soy causa de tu caminar terreno; no me pierdas en aquel día.

Al buscarme, Te sentaste, fatigado; me has redimido sufriendo en la Cruz; no sea vano tanto trabajo.

Justo Juez de los castigos, concédeme el perdón, antes del día de la cuenta.

Gimo como reo; la culpa ruboriza mi cara; perdóname, Señor, que te suplico.

Oh Dios de augusta majestad, Candor santísimo de la Trinidad, llámanos a la sociedad de tus Santos. Amén

Felipe

Al igual que la mayoría de los apóstoles poco se conoce con certeza sobre su vida con posteridad a Pentecostés. Los testigos de la tradición lo confunden a veces con Felipe el Diácono. Según el

testimonio de Eusebio en su Historia eclesiástica habría muerto en Hierápolis al norte de la actual Asia Menor, lo mismo que dos de sus hijas vírgenes. Papías, obispo de Hierápolis, las había conocido y escuchado de ellas el relato de la resurrección de un muerto. Según otra tradición de la que se hace eco el Breviario romano, había predicado el evangelio primero en la Escitia y en Lidia, antes de pasar a Frigia, donde todos los documentos colocan su martirio en Hierápolis bajo Domiciano crucificado cabeza abajo y rematado luego a pedradas. Una inscripción de su posible tumba en Hierápolis dice: al glorioso apóstol y teólogo Felipe.. Sus reliquias habrían sido trasladadas a Roma, donde se veneran junto a las de Santiago el Menor en la iglesia de los Doce Santos Apóstoles.

A nosotros nos interesa aquí meditar los datos que nos proporcionan los evangelios, y sobre ellos nos vamos a detener. El carácter de éste apóstol es lo primero que se advierte y lo muestra como un hombre de amistades. Todos los datos sobre él nos hablan de espontaneidad, facilidad para decir lo que piensa y poseer muchas relaciones con gentes muy diversas. Ya su mismo nombre claramente griego nos habla de su falta de prejuicio sobre extranjería en el ambiente nacionalista israelita. El hecho de ser tomado como intermediario para comunicarse con Jesús por los griegos, su prontitud para comunicar a su amigo Bartolomé el encuentro con el Señor, nos habla de capacidad para la amistad.

Veamos más de cerca los hechos. Su primer encuentro con Jesús ocurrió al día siguiente del que tuvieron Juan, Andrés, Simón Pedro y Santiago. Sorprende la ausencia de preámbulos para el llamamiento que le hará Jesús: "Al día siguiente determinó (Jesús) encaminarse hacia Galilea y encontró a Felipe. Y le dijo Sígueme". Y le siguió. No fue insensatez por parte suya, sino generosidad y quizá sentirse respaldado por el ejemplo de sus amigos y convecinos seguidores de aquel desconocido de Nazaret. Había escuchado las palabras del Bautista, junto a la voz del cielo que nombraba a Jesús como el Hijo amado, pero seguir a Jesús como discípulo no era fácil. Ya conocemos la exigencia de la llamada contenida en el consejo-mandato de seguir a Jesús que lleva a dejar todo y convertirse en discípulo de un maestro sin títulos y sin más autoridad que la recomendación del Bautista junto a su prestancia personal. No parece su caso como el de Juan y Andrés que buscan al "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo", ni recibe las explicaciones de Pedro y Santiago por parte de sus hermanos. Pero un leve dato ilumina lo que debió ocurrir para que Jesús le llamase sin excesiva preparación, y lógicamente sin imprudencia, lo dice el evangelio de Juan: "Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro", y también de Juan y Santiago. Luego era amigo de los cuatro primeros.

Imaginemos la escena no referida en los evangelios. Juan, Andrés, Simón y Santiago acompañan a Jesús. Han experimentado el fuego de su palabra y vibran con el gozo de haber encontrado al Mesías. Caminan los cinco juntos cerca del Jordán, se cruzan con muchos, saludan, hablan, preguntan, escuchan, comienzan a crearse esos lazos íntimos que llegarán tan alto; cuando de repente aparece Felipe en el camino. Quizá le vieron de lejos y le hablaron de él a Jesús: "¡es nuestro amigo!", "es un buen hombre", "éste puede entenderte", "llámale para que sea también uno de tus discípulos", y Jesús lo llama. Nosotros sabemos que Dios escucha las oraciones y las peticiones de todo hombre, ¿por qué no escuchar la petición de unos hombres alegres con su vocación que desean que un buen amigo también goce de los mismos bienes?. Y la llamada eterna, que es la vocación, se combina con la libertad de los hombres. La amistad ha sido el cauce para la vocación de Felipe.

Felipe actúa como quien es, pues la vocación no cambia el modo de ser, y va en busca de otro amigo: Natanael, el cual será conocido más tarde como Bartolomé, y le manifiesta su descubrimiento: "encontró Felipe a Natanael y le dijo: Hemos encontrado a aquél de quien escribieron Moisés en la Ley y los Profetas: Jesús de Nazaret, el hijo de José". Estas palabras manifiestan tal amistad entre ambos que enseguida pueden hablar de cosas importantes. ¿Acaso es fácil callar las cosas alegres con los amigos? ¿No es muy deseable contarles lo que se lleva dentro? Pues eso es lo que hace Felipe, y además conectando con las inquietudes de Natanael y su nivel de conocimientos. Felipe recibe la vocación a través de sus amigos y él es el amigo a través del cual Dios llamará al sexto apóstol.

Pero no queda aquí la cosa, pues el mismo Felipe es protagonista de un suceso que llenó de gozo a Jesús cuando ya estaba cercana la Pascua en que viviría su Pasión y muerte. Ya Lázaro había sido resucitado y el nombre de Jesús estaba en todas las bocas; muchos iban tras Jesús, la oposición de los importantes era más intensa. Muchos contaban los milagros del Señor, otros sus palabras y sus discusiones en el Templo y unos griegos que habían subido a adorar a Dios durante la fiesta desean ver y hablar con Jesús. No es fácil saber si eran judíos que vivían en Grecia o griegos que conocían y aceptaban la fe de los judíos, o si incluso eran prosélitos, pero no les resultaba fácil acercarse a Jesús para poder hablar en un aparte en confianza sin el tumulto de la muchedumbre, cuando se dan cuenta de que uno de los íntimos de Jesús es Felipe que les inspira confianza y, como es natural, acuden a él: "éstos se acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea y le rogaron diciendo: Señor, queremos ver a Jesús. Fue Felipe y se lo dijo a Andrés, y Andrés y Felipe fueron y se lo dijeron a Jesús". Es lógico que sea así, pues cuando hay lazos de lengua, de aficiones y de amistad las barreras son menores para todo, también para acercarse a Dios.

La lección que podemos extraer es clara: la amistad es el camino privilegiado para el apostolado. No la falsa amistad del que quiere congraciarse con alguien para ganarlo a su causa, sino la amistad sincera del que quiere lo mejor para los suyos. Si los amigos son muchos, mejor aún. Si la facilidad es tal que uno puede llegar a intimar con todos con rapidez, pues miel sobre hojuelas. Los valores humanos son un cauce maravilloso para que la gracia de Dios llegue cristalina y con abundancia a los hombres. No parece fácil que eso suceda si el apóstol es taciturno, envarado y antipático, profeta de desgracias y pájaro de mal agüero. Con fuerza lo dice el Beato José María: "Caras largas..., modales bruscos..., facha ríficula..., aire antipático: ¿Así esperas animar a los demás a seguir a Cristo" . Felipe no es apóstol de este estilo, si es que alguien puede serlo; sino que tiene gracia y salero para hacer grato el encuentro con Cristo; era un buen instrumento de Dios, digno de imitación para todos los que quieran ser apóstoles. Buena cosa es que todos los bautizados aprovechen sus lazos de amistad para acercar a sus amigos a Dios. La amistad es cauce para un verdadero apostolado.

Doscientos denarios

Con una pregunta de Jesús a Felipe se inicia la preparación del milagro de la multiplicación de los panes y de los peces para dar de comer a una multitud. Esta pregunta desconcierta a Felipe, pues desvela un tanto sus pensamientos ocultos.

Leamos el evangelio para calibrar los detalles. Seguía a Jesús "una gran muchedumbre", cinco mil hombres. Todos debían sentir una cierta inquietud por el hambre y la voluntad manifiesta de

la multitud de no separarse de ellos. Pero nadie dice nada hasta que Jesús dirigiéndose a Felipe le dice: "¿Dónde compraremos pan para que coman éstos?", Juan aclara con una apostilla de buen observador que "lo decía para probarle". ¿Por qué necesitaba probarle? No sabemos si era porque Felipe pasaba un momento de duda y de desánimo, o para que tuviese más fe, o porque estaba haciendo planes para que Jesús fuese aceptado como rey por aquel grupo que le parecía tan grande. De hecho muchos lo intentaron después de la multiplicación de los panes y haber comido "cuanto quisieron". No lo sabemos, pero algo podemos intuir después de la respuesta de Felipe: "Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno coma un poco".

El cálculo era certero pues si consideramos que un denario es el salario de un cabeza de familia y con él puede dar de comer dos o tres veces al día a seis o diez personas, pues doscientos por veinte o treinta, suponen unas seiscientas personas, pensemos en un alimento frugal y puede dar de comer a unos dos mil o quizá tres mil, pero cinco mil es demasiado, y quizá este número debía ser matizado, pues según dice Mateo era "sin contar mujeres y niños". Estos cálculos nos pueden llevar a una cifra de veinticinco mil personas, con lo que las preocupaciones y cálculos de Felipe se muestran justificados.

Los hechos posteriores servirán para que todos den un salto de calidad en su fe. Jesús da de comer a toda a aquella multitud y sobran doce canastos llenos. Después en Cafarnaúm hablará el Señor del Pan de vida que será Él mismo. Muchos rehúsan creer y abandonan al Maestro; otros permanecen, entre ellos los apóstoles, pero queda claro que Jesús les pedía una fe de más alto nivel.

Pero volvamos a Felipe pues Jesús quería probarle. Nosotros sabemos que existen diversas pruebas y que si Dios las permite es para que los hombres mejoren; algunas las realiza Él mismo. Ya conocían los apóstoles las palabras de la Escritura que dice: "porque era acepto a Dios fue necesario que te probase", o "el vaso de barro se prueba en el fuego, y el justo en la tentación"; y no sólo las palabras pues ¿cómo no recordar las pruebas que padeció Abraham, especialmente la de sacrificar a su hijo, o las de Jacob y los patriarcas por no citar a David y, sobre todo, a Adán y Eva?.

Jesús quiere verificar la fe de Felipe e interroga a su sentido común, pero es patente que hay algo sobreentendido que no conocemos y que Felipe debió captar, aunque responde a la pregunta con la respuesta obvia. ¿Qué le quería decir Jesús precisamente en los momentos anteriores al milagro de la comida abundante? Quizá le está diciendo: ¿dudas que realmente soy el mesías que traerá abundancia a Israel y un reino de paz, justicia y amor? Era posible que se hubiese insinuado una duda en el corazón de aquel hombre que seguía a Jesús desde hacía casi un año. y no veía por ningún lado lo anunciado por los profetas: "las eras se llenarán de buen trigo, los lagares rebosarán de mosto y aceite". Y aunque interpretase estas palabras en sentido espiritual y simbólico, está claro que Jesús no quería un reino temporal y humano por muy lleno de religiosidad que se montase. Jesús buscaba a los pobres, decía las verdades gustasen o no, vivía con sencillez, era manso y humilde de corazón, aborrecía la violencia y no se introducía en los avatares de la política de su tiempo; es más, trataba bien a los dominadores romanos: su reino no era como los de este mundo, evidentemente, y el entusiasmo primero de la entrega de Felipe se iba enfriando.

Sin duda Felipe entendió la prueba de Jesús y creyó con más fuerza que antes. Pero conviene tener en cuenta que todos seremos probados y que la tentación será como el fuego que hace que

brille más puro el oro abrasando las impurezas, escorias y suciedad que lo rodean. "Algunos padecen graves tentaciones al principio de su conversión, otros al fin; otros casi toda su vida las sufren. Algunos son tentados blandamente, según la sabiduría y juicio de la divina ordenación, que mide estado y méritos de todos, y todo lo tiene ordenado para salud de los escogidos".

La prueba de Jesús a Felipe no era una tentación sino una oportunidad para confiar más en el Señor. En un sentido estricto Dios nunca tiente, tiente el diablo y las malas inclinaciones de la carne. La tentación aprovecha las tendencias al mal y las remueve para que el hombre caiga en la tela de araña que esclaviza hasta la muerte. La prueba divina, en cambio, solicita lo mejor del hombre, aunque le cueste, e incluso sea heroico. Lo más probable es que Jesús quisiese que Felipe, hombre culto en la Sagrada Escritura, como se vislumbra en la conversación con su amigo Natanael, mejorase sus esquemas mentales sobre el reino de Dios y captase su sentido espiritual, muy superior a todos los reinos humanos, y aceptase que era un "reino de paz, justicia y gozo en el Espíritu", pero no la restauración del reino de Israel esperada por muchos como una liberación de las potencias extranjeras, que lo sojuzgaban.

La pregunta de los denarios, como el milagro posterior, son oportunidades que Jesús ofrece para formar mejor a sus discípulos, en este caso al amistoso y culto Felipe.

Muéstranos al Padre

La última intervención conocida de Felipe se produjo durante la última Cena. Ya han concluido el banquete pascual en el que Jesús ha instituido el Sacrificio sacramental de su Cuerpo y de su Sangre en una Nueva y definitiva Alianza de Dios con los hombres. Judas se ha marchado. Jesús abre su corazón a los suyos de un modo entrañable y profundo. Los apóstoles intervienen de vez en cuando. Primero Pedro reafirma su amor hasta la muerte, después Tomás le pregunta por el camino pues desconoce a dónde va, y Felipe va al fondo de la cuestión al decir: "Señor muéstranos al Padre y nos basta". La reacción de Jesús sorprende, pues es como una queja por ser poco comprendido y dice: "Felipe ¿tanto tiempo que estoy con vosotros y no me has conocido?"

Hagamos un esfuerzo por comprender la pregunta de Felipe. El apóstol ha sido formado en un monoteísmo total. Acepta la existencia de un Dios único, Creador de todo el universo. Rechaza el politeísmo de los pueblos que les rodean, aunque sean más cultos como los griegos y los egipcios, o más fuertes y justos como los romanos. Sabe que Dios es espíritu, distinto al mundo, y conoce muchos de sus atributos: ser fiel y veraz, todopoderoso, omnipresente, sabio, eterno y otros muchos. Pero es un Dios único, no hay dos, ni tres dioses o más. Eso lo acepta, y sabe que Jesús enseña la misma verdad. Ciertamente que con Jesús ha aprendido a conocer a Dios como Padre con acentos y matices nuevos, su relación es más confiada y entregada buscando cumplir siempre y en todo la divina voluntad, pero ahora hay algo nuevo. En las discusiones de Jesús con los sabios del Templo había dicho Jesús: "Yo y el Padre somos uno" y los judíos lo habían interpretado en el sentido correcto "porque tú, siendo hombre, te haces Dios", le dicen a Jesús; pero Felipe podía pensar que era una mala interpretación de los judíos, tan dados a interpretar torcidamente las cosas, la expresión de Jesús podía explicarse como una unión altísima e íntima entre Jesús y Dios, pero el silencio de Cristo indica que en este punto los judíos han entendido rectamente.

El ambiente de la Cena pascual es amable y cargado de fe; todos son amigos y se quieren, se puede hablar y preguntar sin ningún tipo de cortapisa. Por eso, cuando Jesús dice: "si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre" , y añade que les iba a preparar un camino junto al Padre, entonces se lanza Felipe a preguntar, y, a raíz de la pregunta, Jesús revela con claridad el misterio de la vida íntima de Dios, el misterio de la Santísima Trinidad -un sólo Dios y tres Personas, enseñará la Iglesia siglos después reflexionando sobre las sencillas y hondas palabras de Jesucristo- y le dice a Felipe: "¿no crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?". Sí que lo creía Felipe, pero le faltaba darse cuenta de todo lo que significa "ser uno con el Padre" para Jesús. Por eso pide más fe: "creedme: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí" y añade después, como si la revelación clarísima de su divinidad fuese poco, que rogará al Padre para que les dé "otro Paráclito...el Espíritu de la Verdad".

La revelación sobre Dios ha llegado a su punto más alto de un modo inequívoco: existe un solo Dios que es Padre, es también Hijo distinto del Padre, y, además es Espíritu de Verdad, o Paráclito, o Espíritu Santo. El lamento de Jesús por no haber sido todavía comprendido no le lleva a callar por la poca fe o la rigidez de los esquemas mentales de Felipe y los demás, sino que les revela el misterio de la vida íntima divina: ese único Dios en quien ellos creen no es un Dios solitario, sino que vive una riquísima vida -la nuestra sólo es un reflejo de la vida divina-, esa vida es tan rica que tres personas, con tres nombres distintos, manifestadas a los hombres de variados modos, coexisten de un modo eterno, sin graduaciones y sin dejar de ser un sólo Dios.

Es interesante fijarse en que Jesús no quiere utilizar conceptos filosóficos, aunque éstos serán tan útiles a la Iglesia, a los teólogos y los cristianos de varios siglos después para explicar que no creen en tres dioses, sino en un sólo Dios subsistente en tres Personas. Pero ¿de qué hubieran servido esas nociones a hombres que desconocen las sutilezas de los pensadores? Jesús les habla de modo sencillo y a su alcance, pero suficientemente claro para que crean, si quieren, que no sólo Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre, sino que llama Padre a otro alguien que también es verdadero Dios, y que los dos enviarán otro alguien que llama Paráclito con una función importantísima de ayudarles en el futuro, pues "les enseñará todo y les recordará todas las cosas", traerá alegría porque será el fruto de la reconciliación de Dios con los hombres pecadores que va a realizar Jesús. Este Paráclito les "guiará hacia toda la verdad...dirá todo lo que oiga...anunciará lo que ha de venir....glorificará a Jesús" , la historia demostrará la grandeza de estas palabras y al final de los tiempos nos daremos cuenta de todo con total nitidez.

La revelación de quién es Dios -junto a otras- es tan intensa en aquellos momentos que los apóstoles no pueden menos que decir: "ahora sí que hablas con claridad y no usas ninguna comparación; ahora vemos que lo sabes todo y no necesitas que nadie te pregunte" . Era lógico el entusiasmo de aquellos hombres que pocos años antes vivían tan lejos de aquella luz tan intensa. Es cierto que Jesús, con sabiduría divina, ha dosificado la revelación para que no quedasen cegados ante la intensidad de la iluminación; por eso utilizaba parábolas y, sobre todo, limpia sus corazones para que su mirada fuese limpia, sólo así podrán ver la Luz sin escandalizarse, o quedar ciegos. Ahora, después de tanta formación teórica y práctica, aprovechando la preparación de tantos profetas durante tantos siglos, les desvela con divina sencillez quién es Dios. Ya pueden creer y, por tanto, conocer la vida íntima de la divinidad con el testimonio del mismísimo Dios.

A nosotros sólo nos queda decir: ¡Gracias Felipe por tu audaz y confiada pregunta! Jesús lo hubiese dicho igual, pero tú conseguiste que fuese en el marco de una diálogo amistoso, así nos enseñas a hacer oración verdadera buscando la luz, y amándola, superando esquemas pequeños - aunque parezcan grandes- y acercándonos al Dios verdadero que nos habla

En la medida que captemos por la fe el misterio de la Santísima Trinidad, comprenderemos mejor quién es el hombre -imagen y semejanza de Dios-, que es persona -alguien delante de Dios para siempre-; el misterio de la Iglesia -instrumento de la Trinidad y Templo suyo-, la santa Misa -acción trinitaria no humana-, la grandeza de cada uno de los sacramentos, e incluso el fin último de la sociedad humana y de la historia. Todo queda iluminado ante la luz de quien es Dios. Una vez más !gracias, Felipe!

Acudamos a la intercesión de san Felipe para que nos haga audaces en la oración con el himno del breviario en su fiesta:

Oh, Felipe, que resplandeces con la gloria de tu eximia vocación y, al igual que Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, quisiste a Cristo con todas las fuerzas de tu corazón.

El Señor corresponde , dándote pruebas íntimas de tu amor y de Él aprendes los misterios profundos de su vida y la del Padre.

Oh tú, que con tu sangre nobilísima has confesado el nombre de Jesús, haz que, llenos de fe y confianza, nos apresuremos a la Patria del Cielo.

Y, una vez allí, en la Casa del Padre, entonemos sin cesar a la Trinidad beatísima el himno de tu gloria. Amén

Leví o Mateo

¿Por qué un doble nombre? y ¿por qué domina el de Mateo sobre el de Leví? Esta es una cuestión que puede ayudar para conocer mejor a este apóstol que, además, es evangelista. El nombre Leví conecta con la tribu elegida para cuidar del culto de Dios, y por eso no se le atribuye un territorio como a las demás. Todas las otras tribus deben pagarle un diezmo o tributo por los servicios que ejercen en beneficio de la comunidad. Nada hay reprochable en el nombre, y quizá explica el motivo de su dedicación a las cuestiones económicas. Su profesión es la de recaudador de impuestos, tanto si la ejerció con justicia como con abusos, el nombre de Leví le recordaba su vida anterior antes del encuentro con Cristo, y prefiere utilizar otro como es el de Mateo.

El nombre de Mateo tiene un origen etimológico de gran belleza: Mattai que significa "Don de Dios". No sabemos si era un nombre que ya tenía -hemos visto lo frecuente que era en aquel tiempo tener varios nombres- o bien lo adoptó con libertad, bien consciente de lo que era su vida a partir de entonces. Ciertamente toda vida es un "don de Dios" ¿quién se ha dado la vida a sí mismo, o simplemente la salud? Es de sabios ver todo en la vida como un don de Dios. Pero dentro de los dones de Dios hay algunos que, por ser tan frecuentes y usuales, parece que no son

dones sino derechos, y realmente son dones. De distinto modo vivirían muchos hombres si viesan su vida como un regalo que pueden disfrutar, aunque no derrochar. Hay otros dones tan extraordinarios que nadie se siente capaz de exigirlos como derechos, ni casi de soñarlos. La vocación es uno de ellos. Ciertamente que todo hombre tiene una vocación divina, personal y única; pero ciertamente también que nadie puede exigir determinada vocación como un derecho. Ni se puede exigir a Dios que nos eleve a ser partícipes de su vida íntima como hace por la gracia en la filiación divina, ni se puede exigir ser sacerdote de Cristo y, mucho menos, se puede pretender ser Apóstol del Mesías. La llamada es un "don de Dios" tan grande, que llamarse "don de Dios" o Mateo, que es lo mismo, se hace con gozo. Es muy posible que cada vez que Mateo escuchase su nombre sintiese como el cosquilleo del agradecimiento de esa verdad: su vida es realmente un "regalo de Dios".

De hecho, en las listas de los doce apóstoles tanto Lucas como Marcos le llaman Leví con toda naturalidad, mientras que él se autodenomina Mateo. San Jerónimo dice a este respecto que "los otros evangelistas, por respeto y veneración a Mateo, no querían llamarle con el nombre con que todo el mundo le conocía, sino que le llamaron Leví. El apóstol, en cambio, se nombra a sí mismo con el de Mateo y "el publicano". Quería dar a entender con esto a todos sus lectores que nadie debe dudar de su salvación si se convierte a una vida mejor, ya que él mismo se convirtió de repente de alcabalero en apóstol". Parece probable esta opinión, aunque me inclino más por la postura agradecida del que se da cuenta del buen negocio que acaba de iniciar.

La Sagrada Escritura nada dice del destino posterior del apóstol, cosa que extraña dada la aceptación de su escrito incluso entre los evangelistas, puesto que una de las teorías más probables sobre la composición de los evangelios de Lucas y Marcos es que utilizaron un antiguo escrito arameo de Mateo. Sea cual fuere la realidad se sabe más de su obra que de su persona. Se le atribuyen diversos escritos narrados por la herejía gnóstica que, apoyándose en su autoridad, describen fantasías nada inspiradas por el Espíritu Santo y que fueron rechazadas por la Iglesia. Unos le atribuyen la evangelización de Arabia, Persia y Etiopía. También se le cita con los pontos y los macedonios, e incluso que se libró de morir ante los antropófagos. Unos dicen que murió de muerte natural y otros de modo violento quemado en la hoguera -muchas leyendas coinciden en este punto- e incluso que fue decapitado. Una vez más nos admiramos de los planes de Dios que permite que pasen de un modo tan oculto a los ojos de los hombres personajes tan heroicos, pues lo que realmente cuenta es cómo los ve Dios. Sus restos fueron llevados de Etiopía a Italia en Paestum cerca de Salerno en Italia en el siglo X.

Pecador Público

Una conversión no suele ser algo súbito, sin historia previa. Sin duda Leví en su telonio llevaba tiempo agitado por inquietudes espirituales, mientras hacía cuentas y extendía recibos. Dentro de él la insatisfacción y la espera, sin saber de qué, habían abierto un agujero invisible. Las cifras cuadraban, pero algo en su interior no encajaba bien. Hasta que un día le llamó la voz que llenaba aquel vacío, y echó por la borda su negocio y sus costumbres de garantizada seguridad. ¿Cómo era Leví antes de la llamada? Sólo sabemos una cosa: era publicano. En la actualidad decir publicano equivale a pecador público, pero la realidad tiene más matices. Veamos algunos. La situación económica de Israel en tiempos de Jesús era desastrosa, existía una gran pobreza. Para muchos, una de las causas principales de la pobreza consistía en los pesadísimos impuestos

con que estaba gravada Palestina. Tanto los romanos como sus delegados y los sucesivos reyezuelos como Herodes rivalizaban en gravar impuestos, que se añadían a los que se tributaban al Templo según la Ley.

Pero lo que hacía más insoportables los impuestos era el modo de cobrarlos. Los distintos organismos arrendaban a ricos personajes, o a compañías, el cobro de dichas cargas. Éstos, para asegurarse el beneficio, reclamaban a los contribuyentes el pago de cantidades mayores. Así, de ordinario, hacían fortunas escandalosas. Los subalternos seguían el ejemplo de sus superiores y añadían sobretasas con lo que se agravaba la mala situación en una cascada difícil de controlar, pues nadie tenía autoridad, ni deseos, para establecer una justicia y una equidad en este terreno. Cuando los que ejercían este oficio eran judíos, eran muy mal vistos por sus compatriotas que los asimilaban a los pecadores de la peor ralea, y con frecuencia acertaban ante la cadena de pecados que suele darse en los que abandonan la Ley de Dios.

¿Abusaba Mateo de su trabajo como publicano? No lo sabemos. Pero sí es posible asegurar que recibiría el desprecio de los demás judíos que veían en él al típico chupador de sangre, aunque no lo fuera, y le cubrirían con los más indelicados improperios, o, al menos, con el desprecio y el vacío.

Ese vacío social era superable. La vida acomodada lleva a no dar demasiada importancia a esos detalles molestos. De hecho, es notorio que los publicanos estaban bastante unidos entre sí, pues tanto en la vocación de Mateo como en la conversión de Zaqueo lo primero que les viene a la cabeza es organizar un convite con abundantes asistentes. Muy solos no debían estar, teniendo en cuenta que el dinero facilita muchas amistades, aunque demuestren su fragilidad cuando falta. Pero mientras tanto: comamos y bebamos que mañana moriremos.

Otro vacío era más difícil de superar. El propio del que se llena de cosas sin sustancia. El corazón del hombre está hecho para amar, y cuando no ama se venga y se llena de inmundicia, de malestar, de resentimiento, de risa estridente, sordina de algún malestar íntimo. Almacenar, sí, pero ¿quién se llevará todo esto?. Comer y beber en calidad y abundancia, pero con resaca, es un mal negocio al que hay que añadir la insatisfacción del el alma. Y el agujero crecía.

Por otra parte Mateo percibe la vibración del ambiente ante Jesús. Está bien informado y muchas de las palabras del Señor caen en su alma como la semilla que crece poco a poco, pero imparable. Y ve cosas, sí, muchas cosas. Ve que algunos pecadores y pecadoras públicos rectifican y están alegres. Curiosa alegría ante la pérdida de tantos gustos y placeres. Pero en sus rostros se leía que les importaba un comino lo perdido. Todo esto unido a la conciencia, que es la voz de Dios en el interior del hombre, va formando un clamor que de suave pasa a tempestad. "¿Por qué no cambio de vida?" Pero una duda se hace en su interior: "¿Podré yo vivir sin todo lo que ahora me llena?" y "si me decido, ¿ese Maestro me aceptará o me rechazará como hacen los demás maestros de Israel"? El sí y el no se convertían en una marea que sube y baja según las horas y los tiempos.

Pecador o no necesitaba una conversión quizá vale para Leví el poema de Lope de Vega:

Cuando me paro a contemplar mi estado y a ver los pasos por donde he venido, me espanto de que un hombre tan perdido a conocer su error haya llegado.

Cuando miro los años que he pasado la divina razón puesta en olvido, conozco que piedad del cielo ha sido no haberme en tanto mal precipitado.

Entré por laberinto tan extraño finando el débil hilo de la vida el tarde conocido desengaño, más tu luz mi oscuridad vencida, el mostro muerto de mi ciego engaño vuelve a la patria, la razón perdida.

Es muy posible que sintiese un vacío en el alma que los bienes materiales no conseguían llenar. Muchas oraciones de los salmos brotarían en su alma espontáneas: "Desde lo hondo grito a Ti grito, Señor; escucha mi voz; estén atentos a la voz de mi súplica. Si llevas la cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? Pero de tí procede el perdón y así infundes respeto. Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra; mi alma aguarda al Señor más que el centinela la aurora".

Con esta preparación previa en el interior de Leví es más comprensible la rápida y generosa respuesta cuando es llamado. Responder era llenar el vacío, reparar los errores si los hubo, salir de una vida sin sentido, aunque cómoda, para embarcarse en el entusiasmo de lo divino. Era, por fin, saberse perdonado y querido por el mismo Mesías. Leví se siente como la oveja perdida que es buscada y hallada por el buen pastor; es la moneda de la viuda pobre que reúne a las amigas para celebrar su hallazgo; es el hijo pródigo que vuelve a casa con la lección bien aprendida de lo que vale la locura del pecado. Pero algo muy difícil le quedaba a Leví después de ser perdonado y acogido por Dios. Ese algo era perdonarse a sí mismo. El pecado, como la vida frívola, dejan su huella y el recuerdo intenta intranquilizar con los anteriores desvaríos. Y sufre. A pesar de la sonrisa del Señor que le anima una y otra vez a olvidar la vida pasada, le cuesta. Hasta que se instale en su interior con hondas raíces la realidad de ser acogido y perdonado totalmente. Y se hace vida en su interior lo que dice Ezequiel: "Acércate confiadamente al Señor que no se complace en la muerte del pecador, sino en que se convierta y viva".

El Convite

No es fácil describir lo que sintió Leví al entregarse, pero un dato nos revela su alegría: celebra una comida multitudinaria. Recojamos la descripción de los evangelios: "Leví le dio en su casa un gran banquete. Y asistían gran número de publicanos y otros que estaban sentados con ellos a la mesa". Más que una comida familiar, es un gran banquete para muchos, no para unos pocos íntimos, pero todos amigos en un corazón que acababa de agrandarse para dar cabida al mundo entero. La alegría de Mateo es evidente y no puede dejar de comunicarlo a todos los vientos.

La primera consideración ante este convite es mirar y admirar la alegría de Leví. Siempre que se vive con generosidad la alegría inunda el alma. Pero si la generosidad es una respuesta a una llamada divina, la alegría es desbordante. La vida de Leví es más libre, es una vida nueva. Los enamorados saben bien lo que se siente al descubrir el amor y saberse correspondido. Todo

adquiere un nuevo color y una nueva luz. El enfoque es distinto. La palabra que mejor describe el estado de ánimo de Leví es entusiasmo, "lleno de Dios", "lleno del amor divino".

Pero una alegría no comunicada a los amigos es rara y Mateo quiere comunicar su gozo a todos. No puede callar. Quiere celebrarlo. Ojalá hubiésemos podido recoger las palabras de Leví a sus amigos publicanos, los cuales quizá no acababan de creer que un rabí fiel a la Ley les tratase con tanta deferencia; tampoco que Leví estuviese dispuesto a dejar la vida fácil que llevaba hasta el momento. Todo Cafarnaúm se conmovió. Los buenos se alegraban de la recuperación de un pecador; los malos critican mirando con malos ojos; los indiferentes no entienden nada, pues sus pensamientos giran en torno a sus egoísmos de horizontes pequeños. Leví les habla de que el Maestro era distinto de los demás rabís, pues comprendía y perdonaba. Les anima a situarse cara a cara con Dios. Es natural que las reacciones de los demás publicanos fuesen de lo más variado. Hasta que Leví les dice: venid y lo veréis. Podréis comprobar que no os rechaza.

Y acudieron a la fiesta "en gran número". La escena es digna de ser imaginada. Por una parte acudían los publicanos compañeros de trabajo y amigos de Leví. ¿Cómo no acudir a una fiesta tan espléndida y tan rara?. Luego estaban los pecadores, que los Evangelios diferencian de los primeros. Quizá asistían también hombres y mujeres de mala vida, compañeros de los ricos a los cuales servían con su desvergüenza y de cuyo dinero se beneficiaban. También se encontraban otros muchos entre los cuales se contarían los primeros discípulos de Jesús y algunos de los beneficiados con milagros en Cafarnaúm y alrededores. Curados o no, ¿cómo no acudir? Junto a ellos sus familiares más directos y amigos, también muchos de los que ya escuchaban y admiraban al Maestro. Algunos de éstos tendrían que hacer esfuerzo para acudir a casa de Leví, pues aunque la Ley no prohibiese expresamente acudir a casa de los publicanos y comer con ellos, ésta era la interpretación más corriente para evitar la ocasión de pecado que una mala amistad puede llevar consigo. Pero la presencia de Jesús les anima y acuden. Un grupo algo heterogéneo, pero digno de ser mirado de cerca. Al no saber dónde colocarse, lo harían con los más conocidos, un tanto envarados y circunspectos.

Invitar a comer es una muestra de amistad del más alto nivel. Comer es algo prosaico y necesario. Casi se puede decir que si se redujese esta necesidad a la tarea de consumir alimentos sería algo duro e, incluso, desagradable Pero el ser humano ha sabido rodear de amabilidad esta necesidad. Es más, comer en familia es algo grato e íntimo, deseable. Invitar a comer es introducir al amigo en la propia intimidad. No es infrecuente que las amistades se conviertan en más íntimas después de comer juntos. La conversación suele surgir fluida y amable tras la comida. Otras veces la invitación es para celebrar una alegría o una fiesta. Este el caso del convite con el que Leví agasajó a Jesús después de ser llamado por el Señor.

La vocación de Leví fue rápida, como la de Juan y Santiago. Como ellos deja su vida anterior y su actividad al instante. Así lo cuenta Lucas: "Salió Jesús después y miró a un publicano, por nombre Leví, que estaba sentado en la oficina del fisco. Y le dijo: "Sígueme". El se levantó, dejó todas las cosas y le siguió". Probablemente fue precedida por las palabras de Jesús dichas en general y recibidas con buen espíritu por aquel buen hombre. Cuando le llama se decide con fuerza y generosidad, y la alegría llena su vida.

La alegría de Leví nos lleva a pensar que debió preparar a fondo el banquete. "Seguiremos la Ley del modo más estricto, pero no quiero que falte de nada", "quiero que el Maestro esté contento" y junto a este deseo principal el derivado de celebrar una despedida sonada: "lo dejaba todo para seguir la voluntad de Dios". Y los sirvientes prepararían una de las mejores comidas que se habían visto en aquella población. Lucas nos dice que fue "un gran banquete". Sobrio, pero alegre y agradecido. Una antesala de los tiempos mesiánicos tantas veces anunciados. No pensemos sólo en la comida y la bebida, seguro que la decoración y la iluminación serían extraordinarias. No es posible saber si hubo música, pero sería extraña su falta dado lo aficionados que eran a ella los judíos y los galileos.

Cuando llegó Jesús, se hizo un silencio expectante. La sencillez del Señor hace fácil y gratas las cosas. Se ve que Jesús está contento, sonríe, come poco, pero no rechaza el alimento. Todos fueron perdiendo poco a poco el envaramiento, comportándose con naturalidad. La alegría y el buen ambiente se hacen contagiosos, como en las bodas de Caná. Una vez pasado un tiempo prudente, la conversación se centra en escuchar al Maestro. Zeffirelli se imagina que fue allí donde contó su parábola del hijo pródigo. No lo podemos asegurar, pero, si así fue, Leví casi lloraría de agradecimiento reconociéndose en el mal hijo que vuelve a la casa paterna, y donde sólo cabía esperar regaños, encuentra cariño y en mayor medida que anteriormente. Los pecadores escuchan aquellas palabras como una invitación amable y paternal a cambiar de vida y no jugarse la eternidad por cuatro placeres vacíos y sin sustancia. ¿Se alargó la comida o la sobremesa? Seguramente, y quizá más de uno comenzó una vida nueva cara a Dios.

Pero una sombra alteró el grato ambiente de la fiesta. La provocaron los escribas y fariseos cuando se dirigieron a los discípulos de Jesús con un escándalo, que después hemos llamado farisaico, pero que podemos llamar sencillamente hipócrita, al decirle: "¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores?". La respuesta parece obvia, pues Jesús estaba viviendo la caridad. Pero un obstáculo, que después surgirá con frecuencia, sale a la luz: la interpretación legalista y estrecha de la Ley iluminada o ensombrecida por la envidia de bajo calado. Quizá los discípulos no supieron contestar, llevaban poco tiempo con el Maestro. Y es Jesús mismo el que contesta en público a lo que decían aquellos pocos y todos pensaban diciéndoles: "Id y aprended qué significa misericordia quiero y no sacrificio. Porque no he venido a llamar justos, sino pecadores, no necesitan médico los sanos, sino los que están mal".

Mateo escucha con gozo la respuesta de Jesús, aunque le apene haber sido ocasión de producir un disgusto al Señor. "Debí haber pensado en que le comprometía", pero estaba tan contento, que ni pensó las críticas previsibles en aquellos enredadores. Ya aprenderá, al pasar el tiempo, que aquello no era casi nada con lo que iba a suceder, pero de momento una sombra coexiste con la luz.

Al acabar la comida todos vuelven a sus casas comentando lo sucedido. Debió ser entonces cuando Leví acomete la labor de preparar las cosas para su nueva vida. Debió dar órdenes para vender las cosas del modo mejor posible; presentó su dimisión como publicano ante las autoridades competentes, preguntó que debía llevarse; quizás nada. Y así, con el saco vacío y el corazón lleno, comenzó su nueva andadura más difícil que la anterior, y mucho más gozosa.

¿Por qué no fue Mateo el administrador?

En muchas ocasiones es patente la habilidad de Mateo para el orden y la contabilidad. Cita con precisión la crítica de Judas sobre lo que valía el perfume de nardo con que se ungió a Jesús antes de la Pasión -trescientos denarios-, se fija mucho en el joven rico y su marcha triste por el apegamiento a las riquezas, también narra la expulsión de los mercaderes del templo. Y en sus parábolas no son infrecuentes las referencias al dinero o actividades mercantiles. Todo esto indica que conserva la sensibilidad hacia los negocios adquirida antes de ser llamado por Cristo a seguirle dejándolo todo. Lo bueno poseído no tiene por qué perderse.

Por otra parte es muy ordenado en sus narraciones pues agrupa las parábolas según los temas, reúne la predicación de Jesús sobre todo en el sermón del Monte. También aquí podemos contemplar algo tan necesario para un contable como es el orden sin el que ningún negocio puede salir adelante.

Luego, ¿por qué no se le encomendó a Mateo la administración de los bienes de la pequeña comunidad que formaban los doce con Jesús? La respuesta solo encuentra respuesta cabal en la sabiduría divina, pero algo podemos razonar para vislumbrar los planes divinos.

La vocación no es una exigencia humana, algo debido a los propios talentos, sino una elección divina, sorprendente y desproporcionada. Mateo no fue llamado para ser administrador de los pocos bienes de aquel reino de Dios en pequeño, ni siquiera del futuro Reino de Dios. Fue llamado para dejar bien claro que la dignidad de apóstol no se restringía a ninguno de los grupos que coexistían en Israel, sino que todos habían si estaban dispuestos a tener fe y vivirla con coherencia.

Por otra parte no es impensable que Jesús quisiese dispensar a Mateo de lo que le recordaba su vida anterior tan cercana al pecado. Mateo agradece este detalle de delicadeza de nuestro Señor, aunque más de una vez pudiese constatar la impericia -no quería pensar mal- de Judas. Pero si Jesús quería que Judas administrase los dineros, pues era lo mejor, y no había más que hablar. Poco pensaba Mateo que su habilidad con la escritura y su costumbre de anotar las cosas le ayudaría a poner por escrito lo que todos habían oído, pues la memoria es traidora con frecuencia, y unas buenas notas ayudan a activarla con precisión evitando las jugadas de la imaginación

Evangelista para judíos

Leví habla poco en los evangelios, pero escribió uno de ellos. Este hecho muestra algo su talante observador y reservado. Un hombre impetuoso, como lo era la mayoría de los apóstoles, habla al hilo de los acontecimientos; sus palabras suelen ser como una reacción dialogante. Pero un hombre observador medita más sus palabras, conserva lo que más le impresiona, lo graba en su memoria, o en sus apuntes, para reflexionarlo a solas, o escribirlo.

Dos son los apóstoles que escribieron la vida de Jesús, Mateo y Juan. Los dos nos muestran la riqueza de la personalidad de Nuestro Señor y de su doctrina, pero sus escritos son enormemente distintos. Ven lo mismo, pero cada uno desde su personal experiencia. Los dos coinciden en la

misma verdad, pero con diferencias que la enriquecen. Mateo escribe la vida de Jesús pensando en los judíos como destinatarios.

El evangelio de Mateo es llamado el evangelio del Reino, ya que insiste una y otra vez en el nuevo Pueblo de Dios que ha de suceder a Israel. Es también el evangelio anunciador del Mesías rechazado y la enumeración de profecías que se cumplen es grande, sin llegar a agotarlas todas. Sus escritos van dirigidos a compatriotas judíos, creyentes o no, como diciéndoles: "mirad, este es el Mesías esperado y anunciado por los profetas". Tras sus palabras se descubre la alegría del que ha descubierto la verdad, más alegre aún dado su alejamiento de Dios cuando fue llamado por Jesús y considera su vocación la perla preciosa por la que vale la pena vender todo y adquirirla.

La vida anterior de Leví se advierte también en sus escritos en el modo como habla de dinero y de negocios. Mateo escribe en doce ocasiones de dinero y de monedas: Juan sólo en dos. Se fija en que uno de los presentes de los magos es "oro". Es el único que relata el pago milagroso de la contribución al templo de Pedro y Cristo. Sólo Mateo narra la parábola del tesoro escondido, y la del mercader que comercia en perlas finas, y cuando encuentra una perla preciosa vende cuanto tiene y la compra. Sólo él cuenta la de aquel "siervo a quien el rey perdonó en su rendición de cuentas diez mil talentos y que al salir de su presencia quería ahogar a otro consiervo suyo que le debía cien denarios"; y la de los "trabajadores que envió el padre de familia a su viña, después de convenirse con ellos en un denario diario de sueldo"; la de los talentos "que el Señor repartió a sus siervos, dando al uno cinco y al otro dos y al otro uno, a cada uno según su capacidad", y "al siervo perezoso le replicó el Señor: Debiste haber dado mi dinero a los banqueros y a la vuelta hubieras podido entregarlo con sus intereses". Bien conocía Mateo el mundo de las finanzas y los tributos para contar estas cosas.

Cuando cuenta algo relacionado con el dinero lo hace con más precisión que los demás evangelistas. En el mandato apostólico primero Lucas dice "no llevéis dinero para el camino"; mientras que Mateo detalla "guardaos de tomar oro, ni plata, ni cobre". Precisa que en tributo al Cesar Jesús pidió "un denario", mientras que los demás evangelistas dicen simplemente una moneda. En diez pasajes precisa las monedas distinguiendo entre "didracma, as o cuadrante". Mateo tiene una formación que le permite calibrar el valor de lo que deja con conocimiento de causa.

Mateo no pretende hacer una biografía cronológica aunque narra muchas cosas sobre la vida del Señor, especialmente su nacimiento y su Pasión, donde se recrea en señalar el cumplimiento de las Escrituras. Por eso agrupa las cuestiones según el orden lógico que le parece más oportuno. Es notoria la agrupación de cinco discursos de Jesús que quizá fueron dichos en más de cinco ocasiones. Estos son: el de la montaña (caps 5-7); el de la misión (cap. 10); el de las parábolas (cap. 13); el "eclesiástico" (cap. 18); y el escatológico (caps. 24-25). Hay otros de menor extensión, como el de las invectivas a los fariseos y escribas (23,13-26) y los de las controversias con los fariseos (12,25-45).

Dentro de este esquema narrativo a nosotros nos interesa conocer al hombre, y algo puede servir un detalle de estilo que suele pasar inadvertido. Mateo recoge muchas frases breves y luminosas

del Señor dichas en muy diferentes ocasiones. Vamos a recoger algunas como muestras de la atención y la sorpresa del discípulo.

Un buen comienzo puede ser el inicio de la predicación del Señor predicando: "Haced penitencia, porque está al llegar el Reino de los cielos" (4,17). Las bienaventuranzas son un compendio de la llamada a la perfección en un mundo difícil que puede resumirse en la afirmación "vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo" (5,13.14). Y ante la sorpresa de los oyentes, confirma "en verdad os digo que mientras no pasen el cielo y la tierra no pasará de la Ley ni la más pequeña letra o trazo hasta que todo se cumpla"(5,18). Pero antes debía superar las interpretaciones deformadas o insuficientes de ella pues "si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos" (5,20). Este es el primer obstáculo después del pecado para entender la Buena Nueva.

Las frases cortas, fáciles de aprender, se amontonarán, unidas a enseñanzas más largas, constituyendo como el resumen pedagógico de la doctrina de Jesús. Veamos algunas. Para animar a superar la avaricia les dirá; "Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón" (6,21). Y para vivir felices y desasidos de las preocupaciones impropias de un hijo de Dios les anima a confiar en la Providencia diciendo: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura" (6,33), pues "a cada día le basta su contrariedad" (6,34).

Para no ser engañados por los falsos profetas les da un criterio seguro: "por sus frutos les conoceréis" (7,16.20; 12,33). Luego, compadeciéndose del pueblo, recuerda la necesidad de muchos obreros que cultiven las almas: "la mies es mucha, pero los obreros pocos" (9,37). Y previniéndoles sobre las dificultades en el apostolado avisa que les envía como "ovejas en medio de lobos"(10,16). Por lo que deben aprender de algunos animales especialmente sagaces "cautos como serpientes y sencillos como palomas" (10,16). Y todo esto sin ceder al miedo "al que puede matar el cuerpo, pero no puede matar el alma"(10,28). Asimismo les recuerda su dignidad en apostolado pues "quien a vosotros recibe, a mí me recibe" (10,40).

Un buen resumen de la vida del cristiano lo indica Jesús poniéndose como ejemplo: "tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera" (11,28).

No faltan las palabras fuertes en los discursos del Señor como cuando llama "raza de víboras" a los fariseos (12,34). En cambio llena de elogios a los buenos equiparándoles a su familiares: "he aquí a mi madre y mis hermanos. Pues todo el que haga la voluntad de mi padre que está en los Cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre" (12,50).

Pero no cede ante los falsos maestros y enseña la bondad interior pues "lo que entra por la boca no hace impuro al hombre, sino lo que sale de la boca; eso sí hace impuro al hombre" (15,11). Deben evitar los malos consejos farisaicos pues "si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán al hoyo" (15,14; 23,19.24).

Mateo es el único que cita con detalle el episodio en que Pedro es nombrado primado de la nueva Iglesia, pero la frase que le queda al evangelista es la de "las llaves del Reino" y la de "atar y desatar" (16,19.20).

No es posible olvidar el aviso de Jesús a los suyos cuando ya están algo preparados: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (16,24), lo que dicho de otro modo es "¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?" (16,26). Y el camino óptimo para conseguir salvar el alma es "si os hacéis como los niños" (18,3), "porque de éstos es el Reino de los cielos" (19,13).

La necesidad de luchar con esfuerzo por la salvación queda compaginada con la llamada universal a la santidad al decir: "muchos son los llamados pero pocos los elegidos" (22,14). Aunque deja bien clara la necesidad de luchar "el que persevere hasta el fin, ése se salvará"(24,14).

La respuesta a los que buscaban perderle con preguntas aparentemente sin solución quedan resueltas con respuestas como "Dad al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios"(22,21) o "en la resurrección ni los hombres tomarán mujer, ni las mujeres marido, sino que serán como ángeles" (22,30).

Las paradojas de la vida cristiana quedan condensadas en la expresión "el que se ensalce a sí mismo será humillado, y el que se humille a sí mismo será ensalzado" (23,12). La seguridad de Jesús queda consagrada en la expresión: "el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (24,35). aunque deben "vigilar porque no sabéis el día ni la hora" (25,13). Y es clásica la recompensa del hombre generoso "al que tenga se le dará y abundará; pero a quien no tiene, aún lo que tiene se le quitará" (25,29).

Pero la expresión que deja una impronta más duradera en el alma de Mateo es: "Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñandoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (28,19-20), pues murió predicando la palabra de Jesús.

Este modo sintético y sentencioso de Mateo lleva a pensar en una memoria bien cuidada o en anotaciones que luego son ilustradas por las imágenes y parábolas más fáciles de retener en el recuerdo.

El himno litúrgico que le honra en el Breviario es el siguiente:

La gloria espléndida te ciñe, oh Leví, a la vez que glorifica al Dios de la misericordia, infunde en nosotros la esperanza del perdón.

Oh Mateo, ¡qué riquezas tan grandes te prepara el Señor, que te llamó cuando estabas sentado en el telonio, apegado a las monedas.

A impulsos de tu amor ardiente, te apresuras a recibir al Maestro que con su palabra te destina para los primeros puestos del Cielo.

Al recoger las palabras y los hechos de Jesús, el Hijo de David, dejas para el mundo alimento celestial, en tu Evangelio de oro.

Tomás llamado el gemelo

Es un apóstol especialmente simpático. Algún autor al hablar de él lo muestra como melancólico, pero los pocos datos que nos brindan los evangelios más bien nos revelan una personalidad muy humana y llena de franqueza. Tanto sus aciertos como sus debilidades manifiestan a un hombre claro y sencillo, algo rudo, pero recto y noble. No se advierten en Tomás los matices de algunos intelectuales excesivamente atentos a los matices, va directo al meollo de la cuestión cueste lo que cueste. Esto es muy claro cuando anima a los demás a ir a morir con Jesús. No es la reacción de un cobarde la suya. Igualmente cuando pregunta por el camino para seguir al Señor se advierte que lo hace con sinceridad y no como una vaga inquietud intelectual. Sus mismos errores -la famosa incredulidad- nos revela un hombre que sufre en su oscuridad, pero que no se separa de sus amigos. Incluso el hecho de su tardanza en volver con los suyos muestra el dolor del que está dispuesto a morir por aquel a quien quiere, pero que, de hecho, fue cobarde y huyó. No se sabe perdonar a sí mismo y el dolor le impide la vuelta. Todos estos rasgos, brevemente esbozados, nos revelan a un hombre de bien, aunque tuviera defectos.

Su nombre es simpático. Tomás significa en arameo "mellizo" o "gemelo", y se le llamaba también con la traducción griega del mismo "Dídimo". Era bastante frecuente utilizar un doble nombre, más aún cuando así puede moverse en ámbitos lingüísticos distintos. Parece que el nombre no era conocido en la antigüedad, lo que nos lleva a pensar que le quedó el apodo después de un nacimiento gemelar. Siempre ha resultado simpático el hecho de contemplar dos personas casi iguales, más aún si son niños. Los hechos son que este apóstol aporta un nombre nuevo ampliamente usado hoy día.

Sus silencios tienen algo de agradable, pues no habla cuando no tiene nada que decir, pero cuando habla sus palabras son de una intensidad que no puede dejar indiferente a nadie. Los pocos datos que tenemos nos dejan ver a un hombre duro y fuerte, sencillo y franco, fiel, que hasta en sus errores deja entrever su nobleza.

Valiente

Cuando Jesús es avisado por Marta y María de que Lázaro estaba enfermo y decide ir a Jerusalén, Tomás dice unas palabras que le salen del alma: "Vayamos también nosotros y muramos con él". Para comprender en toda su verdad estas palabras del valiente Tomás conviene que conozcamos el ambiente en el que fueron dichas.

No es fácil precisar la fecha de la resurrección de Lázaro, pero se dio entre la fiesta de la luz y la pascua. La tensión entre los representantes judíos y Jesús iba creciendo de día en día. Cuando curó al ciego de nacimiento después de un interrogatorio ridículo y lleno de mala voluntad, le expulsaron de la sinagoga, porque afirmaba que Jesús obraba con el poder de Dios. Más adelante, tras su manifestación como buen Pastor, "se produjo de nuevo disensión entre los judíos a causa de estas palabras. Muchos de ellos decían: Está endemoniado y loco, ¿por qué le escucháis? Otros decían: Estas palabras no son de quien está endemoniado. ¿Acaso puede un demonio abrir los ojos a los ciegos?".

Pero la confrontación llega a un extremo insoportable cuando después de decir Jesús que el Padre y Él eran uno, "los judíos cogieron de nuevo piedras para lapidarle", e "intentaban prenderlo otra vez, pero se escapó de sus manos. Y se fue de nuevo al otro lado del Jordán". Allí estaba cuando se decide a acudir a Betania que estaba a tres kilómetros de Jerusalén. De hecho después de la resurrección de Lázaro muchos creyeron en Él, pero en cambio sus enemigos enconan la persecución, "algunos de ellos fueron a los fariseos y les contaron lo que Jesús había hecho. Entonces los Pontífices y los fariseos convocaron el Sanedrín y decían: ¿Qué hacemos, puesto que este hombre realiza muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar y nuestra nación". Y deciden oficialmente matarle. "entonces Jesús ya no andaba en público entre los judíos, sino que se marchó de allí a una región cercana al desierto, a la ciudad llamada Efraín, donde se quedó con sus discípulos".

Este es el contexto en el que Tomás anima a sus compañeros a no abandonar al Maestro y seguirle hasta la muerte. Quizá no entendía muy bien la estrategia del Señor, y no podía calibrar la espera de la Pascua por parte de Jesús en la cual se realizaría el sacrificio perfecto del Cordero Pascual, pero era consciente del peligro que rodeaba al Señor, y no lo veía todo. A pesar de todo está dispuesto a luchar por defenderle, y ni pasa por su mente abandonarle en aquellos momentos tan distintos de los que vivió dos años antes cuando se decidió a seguir al Maestro sabio que hacía milagros.

Muchas cosas habían pasado en aquellos casi tres años. No nos queda ni una palabra de Tomás, pero su desarrollo interior debió ser muy similar al de los demás, si exceptuamos a Judas Iscariote: crecer en la fe, en la esperanza y en la caridad. Tomás exterioriza ese cambio con un ademán valiente y decidido.

Dadas las circunstancias, la exclamación de Tomás animando a los demás a seguir a Jesús aunque estén en peligro de muerte no es una exageración, sino algo muy real. Al mismo tiempo debió ser algo que surge de una meditación lenta como dice Aristóteles: "conviene reflexionar con lentitud lo que ha de hacerse, pero una vez pensado, realizarlo rápidamente". A lo que comenta Santo Tomás: "La acción pronta es recomendable después del consejo, que es el acto propio de la razón. Pero el querer obrar rápidamente antes del mismo no sería laudable, sino vicioso, porque sería precipitar la acción, lo cual es opuesto a la prudencia. La audacia es digna de alabanza cuando, ordenada por la razón, favorece la celeridad de la obra". Tomás no es un valiente temerario, sino un valiente que ha reflexionado a fondo los hechos y supera el temor incluso ante la muerte.

Es cierto que se puede distinguir teóricamente entre la valentía humana y la sobrenatural. Pero en la práctica son actos del hombre valiosos y dignos de premio. La gracia empujó a Tomás a manifestar su lealtad hasta la muerte, pero podía haber desoído este impulso generoso. El motivo que le mueve es el amor a Jesús, "amor al que no intimidan las adversidades ni la muerte". Pero ese amor debe haberse instalado en el alma como una virtud, no sólo como un vago sentimiento, es decir como amor fuerte "que no se deja espantar fácilmente por el temor de la muerte".

También fue la fe la que movió a Tomás, pero aquí podemos añadir que se trata de una fe todavía imperfecta y demasiado humana. Basta observar dos cosas: la Virgen Santísima no hace esas declaraciones y es fiel a la hora de la Cruz porque sabe que la muerte de Cristo es un Sacrificio;

en cambio Tomás huyó cuando ve que Jesús no quiere defenderse, lo que indica que no le entendía aún lo suficiente. Buena fue la valentía, pero al tener una fe poco sobrenatural, falló ante el peligro que hubiera asumido con arrojo si se hubiese tratado de una batalla, aunque fuese con todas las de perder.

Muéstranos el camino

Tras la bajada a Betania y Jerusalén, los hechos parecen desarrollarse de manera menos dramática de la prevista por Tomás. Jesús, en Betania, resucita a Lázaro tras cuatro días de estar enterrado, en presencia de numerosos judíos venidos de Jerusalén para consolar a Marta y María. Muchos de ellos creyeron en El. Al poco tiempo acuden al convite de un fariseo -Simón el leproso- una persona importante, y allí el ambiente es cálido, amistoso hasta extremos muy íntimos.

Tras la estancia en Efraím -lugar situado fuera de Judea, en Samaria- Jesús sube con presteza a Jerusalén. Allí le recibirá una multitud con júbilo, palmas de olivo y exclamaciones mesiánicas.

Los fariseos apuntan tímidas críticas, pero no parece que vayan a detenerle o apedrearle como le habían amenazado varias veces. Es posible que Tomás se calmase un poco, aunque no abandonase la actitud vigilante para defender al Maestro. Las cosas iban por cauces insospechados para él.

En la Última Cena se da una importante intervención de Tomás. Se produce cuando Jesús ve preocupados a los suyos y les dice: "No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas, si no, os lo hubiera dicho, porque voy a prepararos un lugar; y cuando haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré, y os llevaré junto a mí para que donde yo estoy, estéis también vosotros, a donde yo voy, sabéis el camino".

Entonces Tomás interviene con ímpetu: "Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?". Una vez más se manifiesta el poco entendimiento que los apóstoles tienen de Jesús, manifestado con sencillez por Tomás. Jesús dice que ya están suficientemente formados, y ya saben el camino. Pero Tomás, y los demás con él, manifiestan que no lo saben y no entienden. Además algo le duele en lo más íntimo, pues Jesús ha dicho que va a marcharse, les va a dejar, aunque vuelva con muy buenos dones. Tomás no quiere separarse del Maestro que ha transformado su vida de un manera tan radical. Le ama de veras, aunque no le comprenda en toda su plenitud. En la misma Cena. Algo antes había dicho el Señor a todos: "a donde yo voy, vosotros no podéis venir"; e insiste a Pedro: "a donde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, me seguirás más tarde" . Y ante la queja fiel de Pedro El Señor le muestra proféticamente su futura infidelidad aquella misma noche "antes de que el gallo cante".

Tomás había seguido a Jesús dejando todo. Seguir el Camino que Jesús le marque ha sido su vida en los últimos tiempos. Ese camino se ha ido concretando poco a poco. Unas veces el camino es aprender la verdad presentada a la inteligencia, Tomás aprende y camina. Otras veces es aprender la práctica de esa verdad, vencer el orgullo, perdonar, ser fuerte, leal, sincero, humilde, etc. Tomás aprende y camina imitando a Jesús lo mejor que puede. Pero ahora el mismo Jesús les

dice que va a un lugar donde ellos no pueden seguirle. Y una buena rebeldía apunta en el corazón de Tomás hasta que la manifiesta externamente: "di donde hay que ir e iré"; "manda lo que sea y lo haré"; "muéstrame el camino y marcharé por él", "pero no me ocultes la senda, no desconfíes de mí", "estoy dispuesto a todo".

Mucho debieron agradar al Señor las palabras de Tomás y su generosidad; pero una cosa es querer y otra poder; y a su debido tiempo quedará claro que donde iba Jesús no podía ir entonces ni Tomás, ni Pedro, ni Juan, pues Jesús iba a consumir el Sacrificio perfecto del Hombre-Dios. El Señor va a vivir el máximo amor a Dios, va a librar una batalla tremenda contra Satanás y los ángeles caídos, va a luchar contra toda la fuerza del pecado y del infierno, luchará y vencerá a la misma muerte, que es el salario del pecado. La batalla era demasiado fuerte para cualquier otro que no fuese Él. Y Jesús lo sabe. Más adelante, los apóstoles, fortalecidos por la gracia que les va a conseguir en la Cruz, podrán ser mártires; pero ahora no. La huída de todos cuando prendan a Cristo hará patente su debilidad y su fe incompleta.

La contestación de Jesús va más allá de la pregunta de Tomás. No elude la respuesta, pero dice mucho más. "Le respondió Jesús: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie va al Padre sino por mí. Si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre". Mucho se ha meditado estas palabras de Cristo. Cuando nos dice que él es el Camino nos indica su Humanidad unida personalmente al Verbo de Dios. Al decir Verdad y Vida nos muestra dos atributos divinos de su divinidad que se manifestarán a través del alma y el cuerpo del Señor unidos en la Persona divina.

Jesús no le cuenta a Tomás los detalles del Viernes Santo hasta el Domingo de Resurrección, pero le dice mucho más al mostrarle que el Camino hacia la divinidad y la salvación es su Humanidad perfecta. "Jesús es el camino hacia el Padre: por su doctrina, pues observando su doctrina llegaremos al cielo; por la fe que suscita, porque vino a este mundo para que "todo el que cree en él tenga vida eterna" (Jn 3,15); por su ejemplo, ya que nadie puede ir al Padre sino imitando al Hijo; por sus méritos, con los que nos posibilita la entrada en la Patria celestial; y sobre todo es el Camino porque Él revela al Padre con quien es uno por su naturaleza divina".

Muchas son las cosas que se han dicho y escrito sobre estas palabras de Jesucristo, bástenos recoger unas de San Agustín: "Con su respuesta Jesús está como diciendo: ¿Por dónde quieres ir? Yo soy el Camino. ¿A dónde quieres ir? Yo soy la Verdad. ¿Dónde quieres permanecer? Yo soy la Vida. Todo hombre alcanza a comprender la Verdad y la Vida; pero no todos encuentran el Camino. Los sabios del mundo comprenden que Dios es Verdad y Vida cognoscible; pero el Verbo de Dios, que es Verdad y Vida junto al Padre, se ha hecho Camino asumiendo la naturaleza humana. Camina contemplando su humildad y llegarás hasta Dios"

Jesús comprende a Tomás y en su respuesta le pide fe y paciencia. Pero una cosa queda clara en la pregunta de Tomás: su fe es insuficiente.

Tomás cree en Jesús, pero junto a su fe se dan esquemas humanos no superados que enturbian la claridad de la verdad enseñada por Cristo. Su visión humana de las cosas es como una niebla o calima que impide ver con nitidez el horizonte y las realidades más lejanas. El aspecto humano que debe superar Tomás es el de la grandeza de Dios y del Mesías. Jesús va a manifestar el amor

divino a través de una humildad que es anonadamiento. "El cual teniendo la forma de Dios, no consideró botín el ser igual a Dios. Por el contrario, se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz".

La fe de los apóstoles deberá asimilar a un Dios aparentemente vencido. Deberán creer que Jesús es vencedor cuando le clavan a un madero, cuando le escupen y le azotan, y, por fin, cuando muere. Y eso no es fácil. María pudo seguir ese Camino marcado por Jesús, pero ellos necesitan destruir todavía muchas cosas viejas para comprender con luz divina y meridiana los planes sabios y amorosos de Dios.

El último en volver

Cuando en la cruel noche del Jueves Santo prendieron a Jesús todos los discípulos huyeron. Tomás también. Un gran miedo les sorprendió a todos. Desconocían la fuerza del combate que iba a librarse, y se asustan.

No sabían los apóstoles hasta qué punto su valentía dependía de Jesús; por eso, al ver que se entrega inerte a la chusma guiada por Judas Iscariote, parece que se les van las fuerzas que aún poseían. Un miedo enorme ciega sus mentes y les lleva a la huída abandonando al Maestro, a pesar de sus reiteradas manifestaciones de fidelidad.

Pedro y Juan reaccionan en seguida y buscan no saben qué, quizá librar a Jesús de sus captores. Pero Pedro niega enseguida al Maestro con juramentos, y Juan se retira con más prudencia buscando a la Madre, y conserva así fuerzas para estar en el Calvario unas horas más tarde junto a la Cruz donde Cristo muere y nos da la Vida.

Los demás volvieron poco a poco. No tenemos datos, pero podemos imaginar a algunos volviendo al Cenáculo el mismo Viernes Santo por la tarde, otros el Sábado. De modo que el Domingo todos están allí menos Tomás y Judas Iscariote, que se ahorcó.

¿Por qué no estaba Tomás allí el Domingo de resurrección? Un dato puede ayudar a comprender el hundimiento de Dídimo cuando ante la insistencia de los demás anunciándole que Jesús ha resucitado dice: "Si no veo la señal de los clavos en sus manos, y no meto mi dedo en esa señal de los clavos y mi mano en su costado, no creeré". Luego él vio a Jesús muerto. Este dato es importante para comprender a Tomás.

Cuando todos huyen, Tomás sufre un gran desconcierto, pero reacciona a su modo, quizá muy similar al de Pedro y gira en torno a los lugares donde estaba el Señor. Nada puede hacer para librar al Maestro, quizá sólo gritar ante el pretorio de Pilato. Luego ve a Jesús llevando la Cruz y la enfurecida multitud que le insulta. Cada paso en la Pasión es un golpe que desmonta sus esquemas mentales y humanos. Debió buscar seguir a Jesús y se acerca al lugar de la crucifixión donde muchos insultan y se mofan de Cristo. Por fin, cuando todos huyen al desaparecer el sol y temblar la tierra en la muerte de Jesús, quizá observó, sin atreverse a acercarse -estaba avergonzado de su falta de valentía- el descendimiento del Cuerpo del Señor realizado por José de Arimatea, Nicodemo y Juan. Entonces vió los agujeros de los clavos y de la lanza en el cuerpo

de Jesucristo y se desmoronó la fe y la valentía que le quedaban, por eso no se atrevió a volver con los suyos.

Su valentía unos días antes al animar a todos a ir con Jesús aunque sea hasta la muerte fuera sincera, pero con un algo de orgullo y presunción. Por una parte vemos que sólo María Santísima tiene la fe suficiente para creer que Jesús morirá y resucitará en un Sacrificio de valor infinito, pero sorprendente. Ellos decían que sí a Jesús cuando les anunciaba una y otra vez lo que iba a suceder, pero no se lo acababan de creer. Es muy humano que pensasen que cuando las cosas se pudiesen muy mal, Jesús haría un acto maravilloso y manifestaría el poder de Dios tan claro en los milagros. Por otra parte no parece fácil aceptar que el Padre quiera que el Hijo padezca con tanto dolor. Y, sobre todo, debían aceptar la humildad de Dios. La salvación era la superación del pecado y del diablo con sus mismas armas. Tanto el pecado de Satanás como el de Adán y Eva tiene su raíz en el orgullo y la soberbia en diversos grados de lucidez. Dios va a vencer con una humildad llena de lucidez también, pero humillada. Y los modos como se manifestó eran difíciles de aceptar para unos hombres todavía muy humanos y con poca fe.

Tomás había confiado mucho en sus fuerzas y en su amor en el Maestro, pero le falló cuando la fe no fue suficiente. Sus declaraciones le traicionan y el que más pretendió más se hundió. Quiso ser el más valiente y se siente más humillado, por eso no se atreve a volver con los demás. Estaba destrozado, roto, con poca fe, si es que le queda alguna, y, sobre todo, estaba humillado. ¿Cómo volvió? Quizá de su propio pie, pero más probablemente volvió al ser buscado por sus amigos cuando vieron a Cristo Resucitado. Ellos ya estaban algo recuperados, aunque algo de temor permanecía en sus almas. Comprendían bien el hundimiento del amigo, porque le conocían bien. Todos sabían la valentía de Tomás, y los ánimos que les dio en el momento adecuado. Pero sabían también que un hombre tan reflexivo y valiente, si se hunde, sufrirá una caída más honda que los otros. Le buscaron, y Tomás accedió a ir con ellos, porque la amistad era un lazo fortísimo que ninguno podía ni quería rechazar.

Incrédulo Tomás

Tomás no estaba con los demás en el Cenáculo el Domingo de Resurrección por la tarde. Parece probable que los diez apóstoles, o alguno de ellos, buscase al desanimado Tomás para que volviese al redil. Habían escuchado directamente del Maestro la alegoría del Buen Pastor, y podían unir la solicitud por la búsqueda del hermano perdido con el encuentro deseado con el amigo que sufre. Por fin le encuentran, y Tomás, que está destrozado, accede a volver con los suyos.

La amistad siempre ha sido el principal instrumento apostólico, pero ahora no se trata de convertir, sino de demostrar un cariño que no retrocede cuando alguien lo está pasando mal. Y Tomás lo estaba pasando muy mal.

La alegría de los Diez, y la de las mujeres, unida a la serenidad gozosa de María Santísima -la que nunca dudó- contrastarían con el aspecto taciturno y dolorido de Tomás. Mirando en su interior es posible ver un desfallecimiento de la fe, pero también un orgullo herido -demasiado herido- que en su rigidez no sabe salir de su tristeza y rectificar. Por así decirlo, Tomás no se perdona a sí mismo el haber sido cobarde y casi traidor, pues así se considera él a sí mismo. Y,

como suele ocurrir, la tristeza formaría como un velo en su mente que le impide ver con claridad lo que ocurre a su alrededor.

Los demás discípulos, apóstoles o no, le anuncian el gozo de la resurrección con una cierta exaltación: "¡Hemos visto al Señor!" . Es comprensible que uniesen toda clase de datos unidos a sus impresiones. Las conversaciones se superpondrían unas a otras. No podía darse allí un hablar pausado, pues la emoción era intensa. Pero Tomás permanece aferrado a su tristeza y les responde: "Si no veo la señal de los clavos en sus manos, y no meto mi dedo en la señal de los clavos y mi mano en su costado, no creeré".

Se ha visto muchas veces en estas palabras de Tomás una actitud racionalista o cientifista, pero no parece que fuera ese el estado interior del apóstol. Pensemos despacio sobre ello. No se trata de negar la divinidad de Jesús, ni siquiera su humanidad. El dilema de Tomás podía ser: si Cristo ha resucitado, y no se me aparece a mí, es que no me quiere. Prefiero creer que no ha resucitado. El tema es ver los agujeros bien ciertos en el cuerpo muerto de Jesús. Se trata de comprobar que están esos agujeros indudables en el ese cuerpo vivo que dicen haber visto. Parece exigir una prueba, pero en realidad más bien se percibe en Tomás un alma dolorida que se aferra a una resistencia algo extraña. Es como no querer ser engañado por imaginaciones crédulas, pero también es una justificación de su poca fe cuando abandonó al Maestro. Su reacción es como la pataleta de un niño enfadado. ¿Acaso sus amigos le han engañado alguna vez? Además todos están de acuerdo en lo mismo, y acaban de llegar los de Emaús con datos que confirman lo que dicen los de otros.

Sí, pero él no lo ha visto. Es muy posible que su resistencia a creer a sus amigos se deba más al orgullo herido que al racionalismo. Piensa en su interior que él ha sido peor que los demás, porque prometió mucho y no realizó nada. Se creía tan valiente que su cobardía se convierte en una herida difícil de cerrar. Se consideraba fiel y amador del Maestro, pero falló. Y se aferra a los sentidos, como no queriendo engañarse de nuevo. No quiere que su capacidad de entusiasmo se desborde de nuevo y vuelva a caer tan bajo como está ahora. La duda de Tomás es fruto más de orgullo herido que de incredulidad. Más que un positivista, Tomás es un valiente derrotado, que no sabe perder.

Pero su hundimiento será ocasión de su mayor victoria. Aquella incredulidad manifiesta las cosas mal construidas en torno a su fe. Parecía que tenía mucha fe cuando asentía al anuncio de Jesús sobre su muerte y su resurrección, pero no se lo acababa de creer, porque le parecía demasiado. Y esa fe incompleta se derrumbó. Tomás quedó en el vacío y en la oscuridad. En aquellos momentos está pasando el apóstol una negra noche del alma, como diría San Juan de la Cruz. Este vacío permitirá poder construir una fe más verdadera y sobrenatural. Una vez más, Dios escribirá derecho con renglones torcidos.

Señor mío y Dios mío

Tomás permaneció con los demás discípulos toda la semana. Mientras las noticias sobre apariciones de Jesús resucitado se iban sucediendo, todos se recuperaban del fuerte dolor experimentado en la Pasión. Una fe más honda y una esperanza nueva crecen en ellos. Ahora ya entendían el sentido de la muerte de Jesús, también comprendían el Camino seguido por el

Maestro, pero, sobre todo, experimentaban el gozo de la victoria de Cristo sobre la muerte, sobre el pecado y sobre el diablo. Todos gozaban, menos Tomás que no acababa de dar su brazo a torcer y no creía.

No creía, pero no les abandonaba. Esta permanencia de Tomás con los demás es hermosa, pues es como decir: "cómo me gustaría creer como vosotros, pero no puede ser cierto, yo he visto el cuerpo muerto y bien muerto". Los lazos del cariño le retenían, por otra parte experimenta aquello que tan magistralmente manifestó Pedro: ¿Adónde ir si sólo allí encontraba palabras de vida eterna?

El domingo siguiente ocurrió lo siguiente: "estaban de nuevo dentro los discípulos y Tomás con ellos. Estando cerradas las puertas, vino Jesús, se presentó en medio y dijo: La paz sea con vosotros" . Tomás debió sentir que todo se agitaba en su interior: ¿era verdad lo que le habían dicho los suyos! Y un nuevo dolor se sumó a los anteriores que rompían su alma: "no he sido capaz de creer a mis hermanos", "he fallado una vez más"; pero ahora la alegría de ver de nuevo a "su" Jesús disipa el desaliento y la luz divina llega muy dentro, porque muy hondo era el dolor y la oscuridad que le apretaban por dentro.

Entonces Jesús se dirigió al apóstol personalmente: "Después dijo a Tomás: trae aquí tu dedo y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente". "Luego Jesús conoce mis dudas y mis angustias en estos días" piensa Tomás. "¿Por qué las ha permitido? El sabe más, pero quizá sea para que vea más hondo en aquello que mi terca visión humana me impedía comprender". Y llega la luz a la mente antes en penumbras: "Jesús no sólo es el Maestro bueno, o sólo el Mesías, ¡es verdaderamente Dios!" y tocando las llagas dijo: "¡Señor mío y Dios mío!".

El acto de fe es el más extraordinario y explícito de todos los evangelios. Pedro había declarado que Jesús era el Hijo de Dios vivo, pero ahora Tomás tocando un cuerpo declara que Jesús es Dios. No se puede expresar de modo más claro la divinidad del Maestro. Una vez más, de los males Dios saca bienes, y de los grandes males grandes bienes. Si la incredulidad de Tomás fue grande, mayor fue su acto de fe.

Su dificultad para creer será siempre un aliento para las dudas de los cristianos, y certeza para los que no creen. "¿Es que pensáis -comenta San Gregorio Magno- que aconteció por pura casualidad que estuviera ausente entonces aquel discípulo elegido, que al volver oyese relatar las apariciones, y que al oír dudase, dudando palpase y palpando creyese? No fue por casualidad, sino por disposición de Dios. La divina clemencia actuó de modo admirable para que tocando el discípulo dubitativo las heridas de la carne de su Maestro, sanara en nosotros las heridas de la incredulidad (...). Así el discípulo, dudando y palpando, se convirtió en testigo de la verdadera resurrección".

Los artistas han representado a Tomás con la vista baja y la cabeza agachada ante el Señor haciendo el gesto de tocar la llaga de su costado. Lo hacen así para destacar la humildad del que ha sido terco y testarudo para creer. Pero también podemos representarlo mirando al Señor con los ojos muy abiertos, llorosos quizá, pero llenos de alegría, "¡Ya no importan las penas y las

cobardías! El vive, es más, El es la vida, y poco importan mis dudas ante la certeza del gozo divino".

Dios permitió las dudas de Tomás para dar un signo a los que viniesen detrás. Algunos no creen, aunque vean. Los casos son muchos en las Escrituras. Basta pensar en los testigos de milagros. Otros creen sin ver nada. Tomás es como la ayuda sensible para los que piden algunas pruebas de que el cuerpo del Resucitado es real, aunque glorioso, tangible. Tomás tocó a Cristo como Hombre y creyó en Jesús como Dios.

Un leve reproche de Jesús a Tomás es un aliento para nuestra fe cuando experimente alguna oscuridad: "Porque me has visto has creído; bienaventurados los que sin haber visto han creído" . San Gregorio Magno comenta así estas palabras: "Nos alegra mucho lo que sigue:"Bienaventurados los que sin haber visto han creído". Sentencia en la que, sin duda, estamos señalados nosotros, que confesamos con el alma al que no hemos visto en la carne. Se alude a nosotros, con tal que vivamos conforme a la fe, porque sólo cree de verdad el que practica lo que cree.

Es posible ver en las palabras de Tomás, junto al acto de fe, un acto de contrición, dolor de amor, por no haber sabido estar a la altura de la circunstancias. Pero la paz inundó el alma de Tomás. Ahora pudo comprobar cómo la fe está unida a la caridad. Y junto a la luz de la honda fe que experimentaba, comprobó la dulzura de la caridad divina que le perdonaba y le introducía en la vida nueva ganada por Jesucristo. Tomás era ya un hombre nuevo.

La pesca de los cinco cincuenta y tres peces grandes

A los pocos días de su reconversión observamos a Tomás junto al lago de Galilea. Es un hombre nuevo, creyente firme, alma reconciliada, agradecido pleno, valiente vencedor que está con los suyos en el lugar de su primera vocación. Todo lo externo es lo mismo, pero, ¡es todo tan distinto! Han cambiado sus ojos. Y un gozo no disimulado le llevaría a contemplar las barcas y las redes que en su día dejó, quizá con esfuerzo. ¡Qué poca cosa es lo que se le pidió para lo mucho que ha recibido!

"Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimos, Natanael, que era de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos" . Es muy posible que su subida a Galilea se debiese al mandato de Jesús de avisar a muchos de los creyentes para que se dirigiesen a Jerusalén. Al cabo de cuarenta días de la resurrección se reunieron en la Ciudad Santa más de quinientos hermanos, muchos de ellos serían avisados por los apóstoles que se distribuyen el trabajo de reunir a los más fieles.

Mientras cumplen esta tarea se detienen junto al lago y Pedro exclama: "Voy a pescar". Los demás se debieron sorprender un tanto de la propuesta, ¡llevaban tanto tiempo sin subir a realizar su trabajo anterior!, pero no les pareció mal la proposición y responden: "Vamos también nosotros contigo. Salieron, pues, y subieron a la barca".

Es fácil imaginar la felicidad de aquellos hombres con la iniciativa de Pedro. Toman la barca, comprueban todos los instrumentos de navegar y su buen estado de uso. Las redes, los remos, la

vela, los aparejos, el ancla, los cabos y demás enseres. Todo estaba a punto. Suben a ella como recordando viejos tiempos. ¡Parecían tan lejanos!. Reman hacia el lugar que les parece más propicio para la buena pesca, tiran las redes, reman en círculo, recogen la red y, entonces, comprueban con sorpresa que no han pescado nada. ¿Será posible que en tan poco tiempo hayan perdido tanto el oficio? Pero no hay que desanimarse. Vuelven a realizar las mismas operaciones, y de nuevo nada. Buscan otro lugar. Intentan no olvidar su antigua destreza y ninguna pesca entra en sus redes. Así fueron pasando las horas, "pero aquella noche no pescaron nada".

La sorpresa debió hacer presa en los corazones de aquellos antiguos pescadores de peces. No entienden nada. Entonces se produce una nueva aparición de Jesús llena de enseñanzas: "Llegada ya la mañana, se presentó Jesús en la orilla; pero sus discípulos no sabían que era Jesús" . El lugar se llama Tabigha y en él se encuentran varias fuentes y árboles altos aún hoy día de un modo casi igual a como estarían en tiempos del Señor. El sol de la mañana sale de modo que da en la espalda al que se encuentra en la orilla y de cara a los pescadores que estaban como a unos ochenta metros de distancia. ¿Fue ése el motivo de no reconocer al Señor o fue que prefirió adoptar un aspecto distinto para no ser conocido? Lo cierto es que no le conocen por el aspecto físico.

El desconocido les dirige una petición lógica y normal: "Muchachos, ¿tenéis algo de comer? Le contestaron: No". Entonces sucede algo sorprendente. El extraño desconocido les da un consejo, casi un mandato, que podía haber provocado enojo o, simplemente, desprecio: "Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis". Y contra toda lógica, pues era de día ya, y todos los esfuerzos en las horas mejores habían resultado estériles, "la echaron". Entonces la red se llenó "y ya no podían sacarla por la gran cantidad de peces" . Jesús pide para dar. Una vez más utiliza el modo más sabio para dar y para enseñar. En Caná pidió que llenasen las tinajas de agua y la convirtió en vino. Las llenaron hasta arriba, pero si las hubiesen llenado hasta la mitad el milagro hubiese sido menos abundante. Para multiplicar los panes les pidió los que tenían, y comieron muchos hasta hartarse y sobró gran cantidad de pan. Pidió a los apóstoles algo de generosidad, el uno de su vida, y les dio el ciento por uno -la felicidad en esta tierra- y la vida eterna. Dios no se deja ganar en generosidad, solía repetir el Beato Josemaría con gran acierto. ¿No podía Dios dar sin más, y sin necesidad de pedir? Sí, pero entonces los hombres no desarrollarían su generosidad, y no tendrían el regalo de poder colaborar, aunque sea poco, en la abundancia de los dones de Dios.

Ahora les pide fe en su palabra, aunque parezca algo poco lógico, y de repente... viene la abundancia en la pesca. Las reacciones de los apóstoles fueron variadas. Juan reconoce al Señor. Pedro se lanza nadando al agua para ganar la orilla cuanto antes. Tomás y los demás llevan la barca al puerto cercano arrastrando la red que no se rompía. A pesar de la pesca abundante Todos coinciden en darse cuenta de que se trata de una pesca milagrosa similar a aquella primera que decidió la vocación de algunos de ellos.

Fijémonos en los detalles: "El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. La echaron, y ya no podían sacarla por la gran cantidad de peces", en concreto "ciento y cincuenta y tres peces grandes. Y aunque eran tantos no se rompió la red" . El hecho de echar la red a la derecha tiene San Agustín su significado: "Dos veces mandó echar las redes: la primera cuando escogió a sus discípulos; la segunda, después de haber resucitado. Era la primera pesca símbolo

de la Iglesia en su estado actual. No precisa si se ha de echar a la derecha o a la izquierda. Los peces son los hombres buenos y malos; que habrían de andar juntos en la Iglesia. Se llenaron dos barcas, hasta el punto de sumergirse; no se hundieron, pero si peligraron, símbolo del peligro que había de correr la disciplina cristiana por la multitud que recogería en su seno. Dice más, las redes se desgarraron: ¿Qué significaban las redes rotas sino los cismas del futuro?" . La segunda pesca indica la situación celeste de la Iglesia, los que se salvan definitivamente, los santos, los elegidos entre los muchos llamados, los perfectos. Por eso indica el evangelista su número contado y su tamaño. Nada se pierde.

Tomás aprende esta nueva lección. Su carácter y sus pruebas le hacen un apóstol excepcional. No tenemos muchos datos confirmados sobre su apostolado, pero las leyendas y tradiciones se acumulan. Los sirios y los armenios le consideran el gran apóstol de Oriente. Partos, medas, hircanos, bactrianos territorios que comprenden los actuales Irán, Irak, Afganistán y Beluchistán. Y, sobre todo, se le atribuye la evangelización en India. En el siglo XX la Iglesia en la India se considera en buena parte fruto de la actividad apostólica de Tomás. No es fácil separar la estricta verdad de la leyenda, pero en este caso parece verdadero aquello de que cuando el río suena agua lleva, pues suena mucho y fuerte con bastante base.

San Pablo

La tradición cristiana conoce a San Pablo como «el Apóstol», sin más. El no sólo ha vivido apasionadamente la misión que le había sido confiada, sino que en sus cartas transluce esta vivencia. Sus escritos no son asépticos e impersonales, sino que en cada línea se manifiesta el alma y el corazón del apóstol. Sus deseos y anhelos, sus luchas y fatigas, sus proyectos... están al alcance de quien lee sus cartas.

Estas páginas recogen lo que he ido entresacando a lo largo y ancho de las cartas de San Pablo, de su vivencia apostólica. Como se ve, aparece una gran riqueza de detalles, que constituye lo que podríamos denominar el testimonio apostólico de San Pablo. Seguramente él no ha pretendido reflejamente expresarlo así, pero es providencial que haya quedado plasmado por escrito, pues ha servido de orientación a los cristianos y apóstoles de todas las épocas.

También para nosotros puede ser iluminador. Ante el reto de la nueva evangelización y del tercer milenio del cristianismo que comenzamos, es necesario ante todo un nuevo ardor para que el Evangelio se difunda. Las actitudes apostólicas que San Pablo testimonia -válidas para todo apóstol, sacerdote, seglar o religioso- son básicas y esenciales; sin ellas ningún método resultará eficaz ni fructuoso.

«La plenitud de los tiempos» (Gal. 4,4)

A San Pablo le ha tocado vivir en el momento culminante de la historia, en la plenitud de los tiempos, cuando «Dios envió a su Hijo» al mundo, «para rescatar a los que se hallaban bajo la ley y para que recibiéramos la filiación adoptiva» (Gal. 4,4-5). El momento en que, con la venida de Cristo se ha manifestado a los hombres y se ha realizado el misterio de la salvación escondido y mantenido en secreto durante siglos eternos (Rom. 16, 25-26; Ef. 3, 5-6).

Este hecho es imprescindible para entender la colosal obra misionera y apostólica de Pablo.

Pues él -como por lo demás los restantes autores del N.T.- tiene conciencia de estar en esa «plenitud de los tiempos». Con frecuencia en sus cartas le sorprendemos contraponiendo el «antes» de la venida de Cristo al «ahora» instaurado por esa misma venida. Por el hecho de que Dios nos ha reconciliado consigo por medio de Cristo, llega a afirmar: «pasó lo viejo, todo es nuevo» (2 Cor. 5,17). Pablo es consciente de que la venida de Cristo ha traído consigo toda novedad y ha desbordado toda expectativa al realizar una «nueva creación».

Cuando reflexione sobre su ministerio afirmará sin ambages que este ministerio -el suyo y el de los demás apóstoles del N. T.- supera sin comparación posible el ministerio de Moisés, el gran mediador de la antigua alianza. Los ministros de la nueva alianza están puestos al servicio de la acción del Espíritu. Como ministros del evangelio, les ha sido concedida la gracia de anunciar una Buena Noticia inmensamente gozosa y sorprendente: «el amor de Dios manifestado en Cristo» (Rom. 8, 39) que se ha entregado por cada uno (Gal. 2,20) para rescatarnos de nuestros pecados (Gal. 1,4). Al apóstol le ha sido confiado el anuncio de este acontecimiento incomparable que es portador de salvación (1 Cor. 15,1-5).

Es esto lo que espolea al apóstol: el deseo de transmitir y hacer partícipes a todos de este «tesoro» (2 Cor. 4. 7). Por eso exclamará: «Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; Es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio! Si lo hiciera por propia iniciativa, ciertamente tendría derecho a una recompensa. Más si lo hago forzado, es una misión que se me ha confiado» (1Cor. 9, 16-17).

Colocado en la plenitud de los tiempos y portador de tal tesoro y de semejante novedad, Pablo se siente impelido y urgido a hacerlo llegar a todos, absolutamente a todos. Una tras otra, irán cayendo distancias, fronteras y dificultades y el Evangelio irá extendiéndose de la mano de Pablo por todo el inmenso Imperio romano como un fuego incontenible. Su única obsesión será llevar el Evangelio y el nombre de Cristo allí donde todavía no es conocido (Rom. 15,19-21; 2 Cor. 10,15-16).

Las palabras de Festo en He. 25,19 («un difunto llamado Jesús, de quien Pablo sostiene que está vivo») las podría haber hecho suyas el propio Pablo antes de su conversión refiriéndose a los cristianos.

En efecto, la experiencia del camino de Damasco consistió esencialmente en esto: ese Jesús a quién Pablo consideraba definitivamente muerto se le presentó repentinamente vivo y lleno de gloria («Yo soy Jesús a quién tú persigues»: He. 9,5). Pablo no le ha buscado, ni se ha preparado a este encuentro; por el contrario, ha luchado ferozmente contra los cristianos y su evangelio. Y sin embargo, el Resucitado irrumpe en su vida y Pablo queda «apresado» por Cristo Jesús (Fil. 3, 12).

Todo su ímpetu y toda su actividad evangelizadora arrancan de este hecho: él tiene conciencia clara de que no es apóstol por voluntad propia, sino «por voluntad de Dios» (1Cor.1,1; 2Cor. 1,1; Ef. 1,1). Sabe muy bien que es «llamado como apóstol» (Rom. 1,1) exactamente como lo habían

sido los Doce, porque le ha llamado el mismo Jesús que les llamó a ellos; y -lo mismo que ellos- también Pablo ha sido llamado por su nombre (He. 9,4)...

El hecho de haber sido llamado «por gracia» (Gal. 1,15) no quita fuerza a esta vocación, sino todo lo contrario: pone más de relieve la iniciativa absolutamente gratuita de Dios que llama no en virtud de los méritos contraídos sino por pura benevolencia, que tiene misericordia con quien quiere (Rom. 9,15-18). De hecho Pablo no dejará de maravillarse y sorprenderse a lo largo de toda su vida de que haya sido llamado precisamente él: «a mí, que antes fui un blasfemo, un perseguidor y un insolente» (1Tim. 1,13). Toda su predicación acerca de la gracia brotará de esta experiencia primera y fundante: «Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, y el primero de ellos soy yo; y si encontré misericordia fue para que en mí primeramente manifestase Jesucristo toda su paciencia y sirviera de ejemplo a los que habían de creer en él» (1Tim. 1,15-16).

Y Pablo sabe que esta llamada, que tan en contra va de sus convicciones anteriores y de su conducta pasada (Gal. 1,13-14), no es algo casual, sino que hunde sus raíces en la eternidad. Tiene conciencia de que en realidad ha sido «separado» por Dios ya «desde el seno materno» (Gal. 1,15). El, tan buen conocedor de las Escrituras, podía aplicarse a sí mismo las palabras dirigidas por Yahveh al profeta Jeremías: «Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes de que nacieses te tenía consagrado» (Jer. 1,5).

«Tuvo a bien revelar a su Hijo en mí...»

Con estas palabras tan sintéticas resume San Pablo lo acaecido en el camino de Damasco. Sin entrar en detalles de lo que sucedió por fuera, da a entender que la llamada de Dios ha sido fundamentalmente una llamada interior («en mí», «dentro de mí»), una «iluminación» o «revelación» por la que Pablo «ha visto» a Jesús (1 Cor. 9,1) y le ha conocido como Señor e Hijo de Dios. Es decir, no sólo ha comprobado que Jesús estaba vivo, sino que ha entendido quién era ese Jesús (lo cual sólo es posible por revelación de Dios: Mt. 16, 17; 11, 25-27).

Pablo, aun reconociéndose «indigno del nombre de apóstol por haber perseguido a la Iglesia de Dios» (1Cor. 15,9), no puede dejar de afirmar que se le «apareció» Cristo Resucitado, exactamente igual que se les había aparecido a los Doce y a los demás discípulos (1 Cor. 15,5-8). Y esta «aparición» o «revelación» ha sido un desbordamiento de luz en su corazón: Dios mismo ha hecho brillar en su corazón la luz de Cristo (2 Cor. 4,6).

Y este brillo ha sido de tal intensidad que ha trastocado la vida y los valores de Pablo. Él, que tenía «motivos para confiar en lo humano» por su ascendencia hebrea y que era «intachable» en el cumplimiento de la Ley santa dada por Dios a través de Moisés (Fil. 3,4-6), hace esta confesión sublime: «lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quién perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo» (Fil. 3,7-8).

A partir de ese momento, cuando Pablo se presente en el areópago de Atenas y en los demás «areópagos» del inmenso imperio romano, no será un predicador más de doctrinas nuevas o desconocidas, sino testigo de un Cristo vivo y glorioso que ha transformado su existencia. Lo

mismo que Moisés (Ex. 34,29), pero de una manera incomparablemente más perfecta (2Cor. 3,7-11), será testigo de ese Cristo que ha visto «cara a cara» (Cf. Ex. 33,11) y -como un espejo- reflejará su gloria en su rostro y con toda su vida (2Cor. 3,18).

«...para que yo le anunciase entre los gentiles» (Gal, 1,16)

Llama la atención que en San Pablo el encuentro con Cristo y la llamada a ser apóstol y a anunciar el evangelio van inseparablemente unidos. Así aparece en el mencionado texto autobiográfico de Gal. 1,16. Y así aparece también en los tres relatos de su conversión que nos presenta San Lucas en el libro de los Hechos (He. 9, 15; 22,14-15; 26, 16-18).

Da la impresión de que al encontrarse con Cristo, Pablo ha encontrado el tesoro escondido (cf. Mt. 13,44) y como la mujer de la parábola siente la necesidad de contar a todo el mundo que ha encontrado algo de gran valor (cf. Lc. 15, 9).

Evangelizar es eso: llevar a los hombres un anuncio gozoso, entusiasmante y contagioso. La Buena noticia es la palabra misma de Cristo, ese Cristo enviado por el Padre para la salvación del mundo. Y Pablo, que ha experimentado en sí mismo la alegría producida por el encuentro con Cristo, experimenta también el impulso incontenible a transmitir esa dicha a todos. Como Pedro y Juan, podría decir: «No puedo callar lo que he visto y oído» (He. 4,20).

Más aún, siente la llamada a evangelizar a los gentiles, es decir, a aquellos que los judíos consideraban por definición «pecadores» (Gal. 2,15), pues no conociendo la Ley mucho menos podían cumplirla. Pablo, que sabe que todo lo que le ha sucedido es humanamente inexplicable, que ha sido fruto del amor gratuito y misericordioso de Jesucristo, entiende claramente que esa salvación es ofrecida de manera igualmente gratuita e inmerecida a todos, sean quienes sean, pues Cristo murió por los pecadores (1Tim. 1,15), es decir, por todos (2Cor. 5,14).

Ser apóstol de Jesucristo es en el fondo un misterio inagotable. Y San Pablo lo expresa recurriendo a frecuentes paradojas. Una de ellas es la de que siendo embajador personal de Cristo -con toda la dignidad y autoridad que ello implica- se considera simultáneamente un simple siervo, es decir, un esclavo que pertenece a Cristo y está a su servicio.

Por supuesto, todo cristiano es siervo de Jesucristo, y ello en el sentido más profundo y radical: habiendo sido «comprado» y rescatado por Cristo al precio de su sangre (1 Cor. 6,20), el cristiano pertenece a Cristo, es «de Cristo» (1 Cor. 3,23); no se pertenece a sí mismo (1 Cor. 6,19), ni vive para sí mismo, sino que vive y muere «para el Señor», a quien pertenece enteramente (Rom. 14, 7-9).

Pues bien, esto que corresponde al «estatuto» de todo cristiano, expresa con fuerza insuperable un aspecto de la condición del apóstol de Cristo. Y para ello San Pablo se sirve de tres términos distintos (que no suelen distinguirse en las traducciones), cada uno de los cuales expresa aspectos diversos de la tarea apostólica:

- a) «Servidor» (diakonos), que expresa ante todo la idea del servicio a la mesa durante la comida, la preocupación diaria por los medios de subsistencia y -más en general- toda

clase de servicios. San Pablo se considera sí mismo «diácono de Cristo Jesús» (2 Cor. 11,23; Col. 1, 7; 1 Tim. 4,6), «diácono del evangelio» (Col. 1,23), «diácono de la justicia» (2 Cor. 11,15), «diácono del Espíritu» (2 Cor. 3,8). Es decir: sirviendo en nombre de Cristo, Pablo ofrece a los hombres el alimento y los medios de subsistencia para su vida: la Buena noticia que es el evangelio, la salvación que justifica y transforma, y el don del Espíritu, fuente de toda vida y santidad, que se derrama por el ministerio del apóstol. Así se configura con Cristo, que ha venido a «servir» a todos (Mc. 10,45).

- b) «Esclavo» (doulos), que expresa la idea de realizar algo no por gusto, sino por obligación, por el hecho de encontrarse a las órdenes de alguien. En el mundo griego el esclavo carecía de lo más hermoso de la dignidad humana: la libertad. En realidad, el esclavo no se pertenecía a sí mismo, sino a su dueño, debía renunciar continuamente a su voluntad y debía agradar en todo a su amo (que podía castigarle arbitrariamente e incluso quitarle la vida).

Por otra parte, en el A. T. son llamados siervos de Dios todos los grandes hombres de Israel: Moisés (Jos. 14,7), Josué (Jos. 24,29), Abraham (Sal. 105,42), David (Sal. 89,4), Isaac (Dan. 3,35)... En este contexto, el término expresa la sumisión, respeto y dependencia del hombre respecto de Dios.

Por tanto, cuando San Pablo se denomina a sí mismo «esclavo» de Cristo Jesús (Rom. 1,1; Gal. 1,10; Fil. 1,1; Col. 4,12; Tit. 1, 1) está expresando su conciencia de haber quedado «expropiado» de sí mismo, de su voluntad, de sus planes, de sus gustos... en una palabra, de todo lo suyo -incluida su libertad- para servir del todo y sólo a Cristo y a su voluntad. Teniendo en cuenta que ser esclavo de Cristo le lleva también a hacerse esclavo de aquellos a quienes Cristo le envía (2 Cor. 4,5).

- c) «Siervo» (hyperetes) designa al criado doméstico que está siempre al lado de su Señor, dispuesto a responder al menor de sus deseos. Al llamarse «siervo de Cristo» (1 Cor. 4,1) Pablo sabe que no tiene otra cosa que hacer que estar pendiente de su Señor -en cuya presencia vive- para secundar dócil e inmediatamente cada una de sus indicaciones.

Pues bien, esta conciencia de siervo -de «siervo inútil», según las palabras de Jesús : Lc. 17,10-, hace permanecer a Pablo profundamente enraizado en la humildad. Sabe que no es más que un pobre y débil instrumento de la acción de su Señor (cf. 1 Cor. 15,10).

Y esta conciencia de siervo le impide «servir a dos señores» (Mt. 6,24). No tiene más que un Señor, Cristo, y sólo a El debe agradar: «Si todavía pretendiera agradar a los hombres, ya no sería siervo de Cristo» (Gal. 1, 10). Y si se hace «siervo» de ellos es «por Jesús» (2 Cor. 4,5), es decir, «por amor» (Gal. 5,13).